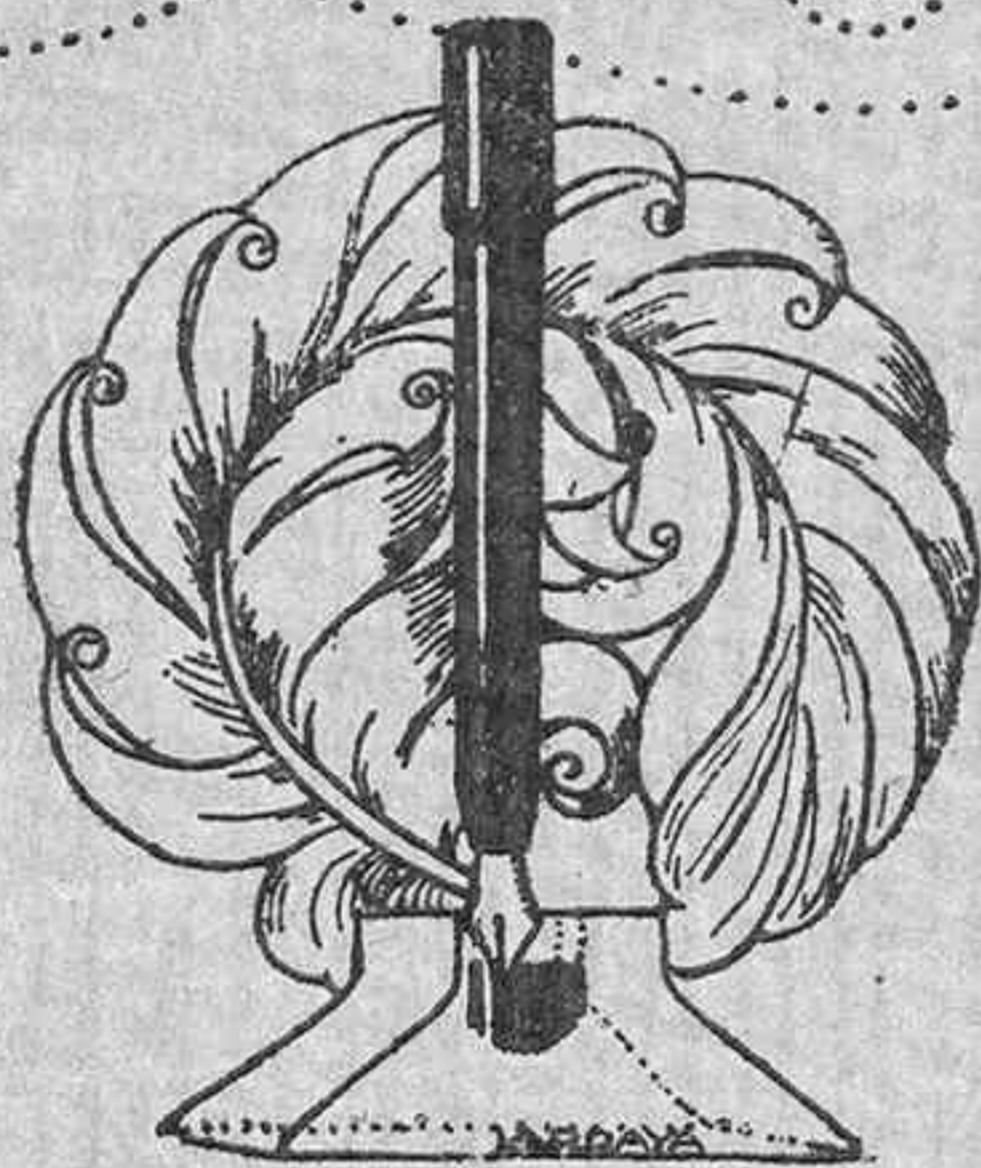


# La Pluma



MADRID  
JUNIO  
1920



# LA PLUMA

REVISTA LITERARIA

Se publica mensualmente en Madrid en fascículos  
de 48 páginas.

Redactores: MANUEL AZAÑA, C. RIVAS CHERIF

---

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

SEIS números, 9 pesetas. :-: DOCE números, 18 pesetas.

Ejemplar suelto, DOS PESETAS.

Pedidos y suscripciones a

MANUEL AZAÑA, HERMOSILLA, 24 DUPLICADO.—MADRID

---

## Sumario del número 1.º (junio, 1920)

Dos palabras que no están de más.—E. DÍEZ-CANEDO:  
Madrid (poesías).—M. AZAÑA: A las puertas del otro  
mundo.—P. SALINAS: Voz de jugar.—A. SALAZAR:  
Apuntes para una geografía musical de Europa.—Cróni-  
cas de la DAME DE CŒUR.—EL PASEANTE EN COR-  
TE: ... castillo famoso.—A. REYES: América.—Libros y  
revistas, por Díez-Canedo, Moreno Villa, Alvarez Pastor,  
Rivas Cherif.—Gacetilla.



R-2433

~~2/24/7~~

# La Pluma

VOLUMEN PRIMERO



MADRID

1920

1 *«La pluma es la que asegura castillos, coronas, reyes  
y la que sustenta leyes.»*



IMPRESA ARTÍSTICA, DE SÁEZ HERMANOS  
NORTE, 21, MADRID : TELÉFONO 17-65 J.



# ÍNDICE DEL VOLUMEN I

## 1920

Páginas

### NUMERO 1.º (JUNIO)

Dos palabras que no están de más.....	1
Enrique Díez-Canedo: Madrid, poesías.....	3
Manuel Azaña: A las puertas del otro mundo.....	6
Pedro Salinas: Voz de jugar, poesías.....	23
Adolfo Salazar: Apuntes para una geografía musical de Europa: I. Francia.....	25
La Dame de Cœur. Crónicas de.....	31
El paseante en Corte: ...castillo famoso.....	33
Alfonso Reyes: América.....	37
Libros y Revistas: Ramón del Valle Inclán: <i>El pasajero. Farsa de la Enamorada del Rey.</i> —Luis Bello: <i>Ensayos e imaginaciones sobre Madrid.</i> —Ramón Pérez de Ayala: <i>Las Máscaras.</i> —Ma- nuel Azaña: <i>Estudios de política francesa contemporánea.</i> —Ren- ner (A.) y Castro (A.): <i>Vida de Lope de Vega.</i> —Paul-Louis Cou- choud: <i>Sages et poètes d'Asie.</i> .....	42
Gacetilla.....	48

III



**NUMERO 2.º (JULIO)**

Alfonso Reyes: El abanico de Mlle. Mallarmé.....	49
C. Rivas Cherif: Alegoría de Narciso, o El mundo visto por un agujero.....	54
Ramón Pérez de Ayala: La cendolilla que danza, poesía.....	58
G. Borrow: El camino de Finisterre.....	60
La Dame de Cœur: Crónicas de.....	74
El paseante en Corte: ...castillo famoso.....	78
Manuel Azaña: El espíritu público en Francia durante el armisticio.	82
Libros y Revistas: Pío Baroja: <i>Divagaciones sobre la cultura. La caverna del humorismo.</i> —Eugenio d’Ors: <i>La Bien plantada.</i> —Rafael Calleja: <i>Rusia. Espejo saludable para uso de pobres y de ricos.</i> —Auguste Bréal: <i>Velázquez.</i> —Luis Nueda: <i>De música. Epistolario de un melómano.</i> —Ernest Newman: <i>A Musicæ Motley.</i> —Daniel J. Mason: <i>Contemporary Composers.</i> —Camille Maclair: <i>Les héros de l’Orchestre.</i> —A. Ossorio: <i>El alma de la toga.</i>	88
Gacetilla.....	99

**NUMERO 3.º (AGOSTO)**

Ramón del Valle Inclán: Farsa y licencia de la Reina Castiza. Jornada I.ª.....	97
C. Rivas Cherif: Divagación a la luz de las candilejas.....	113
Miguel de Unamuno: Polvo de otoño, poesías.....	120
Adolfo Salazar: Guía musical de América.....	123
La Dame de Cœur. Crónicas de.....	128
G. Lipparini: Las violetas, poesía.....	131
Alfonso Reyes: América.....	132
Jorge Guillén: Poemas de circunstancias prosáicas.....	136



Libros y Revistas: Ramón del Valle Inclán: *Divinas palabras*.—  
 Ramiro de Maeztu: *La crisis del Humanismo*.—J. Maynar Key-  
 nes: *The economic consequences of the peace*.—León Felipe: *Versos y oraciones de caminante*.—Martínez Corbalán: *Caminos*.—  
 Luis Fernández Ardavín: *Láminas de folletín y de misal*.—Re-  
 vistas..... 137

**NUMERO 4.º (SEPTIEMBRE)**

Ramón del Valle Inclán: Farsa y licencia de la Reina Castiza. Jor-  
 nada 2.<sup>a</sup>..... 145  
 Francisco A. de Icaza: Versos de Nietzsche..... 165  
 Manuel Azaña: Jorge Borrow y la Biblia en España..... 170  
 El paseante en Corte: ...castillo famoso..... 182  
 Antonio Espina: Don Cacique, poesía..... 185  
 Libros y Revistas: R. Blanco Fombona: *Dramas mínimos*.—Valery  
 Larbaud: *Poètes espagnols et hispano-américains contemporains*.  
 Claudio de la Torre: *La huella perdida*.—Manuel Ugarte: *El  
 porvenir de la América española*.—Manuel Conrotte: *La inter-  
 vención de España en la independencia de los Estados Unidos  
 de América*.—Tomás Morales: *Las rosas de Hércules*..... 186  
 Gacetilla..... 191

**NUMERO 5.º (OCTUBRE)**

La condena de Unamuno..... 193  
 Luis Araquistain: Italia en 1920, poesía..... 194  
 Ramón del Valle Inclán: Farsa y licencia de la Reina Castiza. Jor-  
 nada 3.<sup>a</sup>..... 195



# LA PLUMA

Páginas

Adolfo Salazar: Apuntes para una geografía musical de Europa.	
II. Rusia .....	207
Juan Ramón Jiménez: 1920, poesías .....	213
Mario Puccini: Letras italianas .....	220
Jorge Guillén: La amistad firme en los mares caóticos, poesía.....	226
Un crítico incipiente: Teatros.....	227
María Enriqueta: Ojos grises, poesía .....	232
Antonio Espina: Inciso, poesía.....	233
Libros y Revistas: J. Moreno Villa: <i>Velázquez</i> .—A. de la Sota: <i>Divagaciones de un transeunte</i> .—Eugenio d'Ors: <i>Glosas</i> .—Strindberg: <i>El viaje de Pedro, el afortunado</i> .—Les amis de Proudhon: <i>Proudhon et notre temps</i> .—Revistas.....	234
Gacetilla.....	239

## NUMERO 6.º (NOVIEMBRE)

Antonio Machado: Apuntes y canciones.....	241
G. Jean-Aubry: Mérimée.....	243
Nilo Fabra, poesías .....	260
La Dame de Cœur: Crónicas de.....	262
Pedro Salinas: Cinematógrafo, poesías .....	265
Francis Jammes: Los trabajos del hombre, poesía .....	268
Adolfo Salazar: Propositiones sobre el Hai-Kai.....	269
El paseante en Corte: ...castillo famoso.....	272
C. Rivas Cherif: Soneto blanco.....	275
Francisco Vighi: Ferias en Cervera, poesía.....	276
Ada Negri: El muro, poesía.....	278
Un crítico incipiente. Teatro .....	279
Libros y Revistas: Pío Baroja: <i>La sensualidad pervertida</i> .—Alfonso Reyes: <i>El plano oblicuo</i> .—S. R. Cajal: <i>Chácharas de café</i> .—Fran-	



cisco Giner: <i>Obras completas</i> .—Julien Tiersot: <i>Un demi-stècle de Musique Française</i> .—Paul: Landomry <i>Brahms</i> .—Carl van Vechten: <i>The music of Spain</i> .....	282
Gacetilla.....	288

**NUMERO 7.º (DICIEMBRE)**

Rubén Darío: Versos inéditos.....	289
J. R. Jiménez: Edad de oro.....	294
J. Moreno Villa: Cargos, poesías.....	299
L. y A. Millares: El Viejo.....	302
E. Vighi: Calendario, poesía.....	316
L. G. Bilbao: Melodías líricas.....	317
A. Salazar: Apuntes para una geografía musical de Europa. 1920.	
III. Italia.....	319
C. Rivas Cherif: La costumbre.....	323
X. Improntu.....	328
Un crítico incipiente: Teatros. <i>Pigmalión</i> .....	329
Libros y Revistas.....	331
Gacetilla.....	336



## ERRATAS

Por un error de ajuste, que no pudo subsanarse a tiempo, aparece trastrocado el poema de Pedro Salinas, «Cinematógrafo», páginas 261 a 268. Para leerlo correctamente hay que intercalar entre los versos 2.º y 3.º de la página 266, todos los versos de la página 267, a partir del 3.º, y quedará así:

*con dos líneas horizontales.*

*Y el caos tomó ante los ojos*

*etcétera.*

Tras el 2.º verso de la página 267, continúa en la página 268:

*que vivieron en valles floridos de la tierra  
y besaron labios humanos.*

Página 275, soneto blanco: 6.º verso dice: *las cosas señaladas con mi nombre*. Debe decir: *las cosas señaladas con un nombre*.

Página 317, verso 14 dice: *formar lo nuestro*. Debe decir: *buscar lo nuestro*.



# La Pluma

Año I.

Madrid, junio 1920.

Núm. 1.º

## Dos palabras que no están de más.

**E**STE periódico, que hoy por vez primera, desconocido lector, llega a tus manos, apenas te dará en su forma actual el bosquejo de nuestras esperanzas sin límites; pero quisiéramos que desde ahora se defendiese ante ti con algo más que la buena voluntad de sus fundadores.

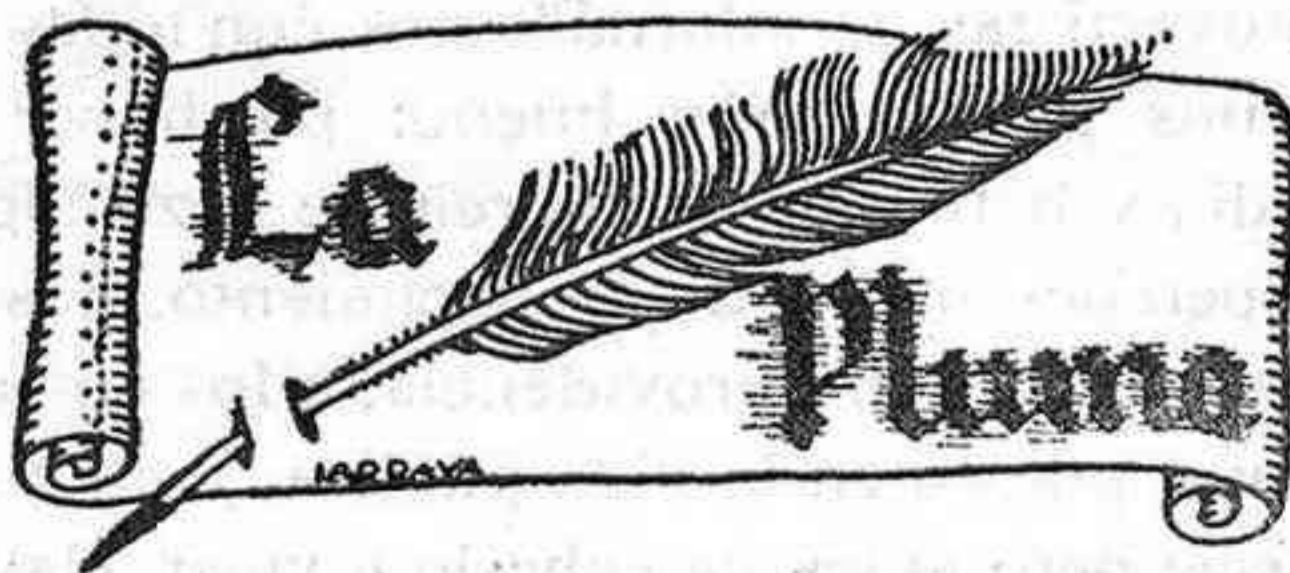
Mientras fué sólo un designio, pábulo de nuestra fantasía de proyectistas, lo adornábamos con todas las perfecciones imaginables y nos parecía muy bueno; por haber distraído unas horas nuestro tedio y habernos hecho reír de gozo alguna vez pensando en el inesperado suceso de su nacimiento, nos es caro. Al arrojarlo, por decreto de nuestra providencia, a los embates del mundo, se emancipa, toma puesto en la vida pública, y en cierta medida ya no nos pertenece; pero antes de echarlo a volar, clavámosle este cartel, para que



## LA PLUMA

todos sepan qué criatura es ésta y lo que se esconde bajo su título, y cuáles fines nos han movido a extraerla de la nada. Si después se tuerce o descarría, la culpa será suya, no de sus primeros hacedores, que se acogen, como es propio de su papel divino, a un augusto misterio y no darán más explicaciones sobre su obra.

LA PLUMA será un refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia, sin transigir con el ambiente; agrupará en torno suyo un corto número de escritores que, sin constituir escuela o capilla aparte, están unidos por su hostilidad a los agentes de corrupción del gusto y propenden a encontrarse dentro del mismo giro del pensamiento contemporáneo; romperá el silencio, astuto o bárbaro, en que la producción literaria languidece; las letras, proscritas de casi todas partes por los empresarios, alimentarán estos coloquios, donde no se dará al olvido ningún esfuerzo personal que nazca de aspiraciones nobles y se presente con el decoro formal indispensable para merecer la atención de inteligencias cultivadas. LA PLUMA no es otra torre de marfil, como se usaban—de alquiler las había—hace años; lejos de eso, sueña con adquirir una difusión proporcional al ímpetu de que nace. Si LA PLUMA vive, la unidad de su obra será más que aparente y mostrará esa faceta de la sensibilidad española actual, que, al adoptar el modo literario, enfrena los retozos del temperamento y ve en la sobriedad, pureza de líneas y claridad, los estigmas inconfundibles de la obra del talento acendrado por la disciplina.







# MADRID

## MERENDERO

*Quietud, pereza, sol; la vida  
se paró de repente.  
Las voces, como de otro mundo;  
irreal, pasa un tren por el puente.*

*Un organillo, y otro, y otro,  
mezclan su alegría extraurbana,  
Pobres porfiados, no cejan  
en su petición chabacana.  
Uno y una al fin se deciden  
como de limosna, sin gana.*

*Y otros después: a todos los mece  
la musiquilla embaidora.  
Con el ritmo de las parejas  
da vueltas, sin huir, la hora.  
Allá lejos, en el horizonte,  
blanca y azul, la Sierra se evapora.*



BRONCA

*Espesas, como el vino tinto,  
como los naipes resobados,  
como el puñetazo en la mesa,  
resonaron las palabrotas.*

*Y tembló el mechero de gas,  
y en los frascos medio vacíos  
del anaquel, y en el cinc sucio  
del mostrador, y hasta en el negro  
cajón lleno de calderilla,  
se contestaron sordamente  
el soez insulto y el golpe.*

*Pero todo los repelía.*

*Saltó la puerta, se hizo añicos  
un vidrio, se lanzó a la calle  
todo el grupo forcejeando.*

*Voces, blasfemias, y, prudente,  
la curiosidad en la acera:  
trasnochadores, prostitutas.*

*Unos arrastran al más dócil.*

*Al otro, despeinado, terco,  
un borracho, con voz pastosa,  
le dice frases que no escucha.*

*Vuelven los dos a la taberna.*

*La calle, otra vez solitaria.*



*Silencio... Luego, dando tumbos,  
basa un simón desvencijado.*

**MIEDO**

*Arrabal de la canalla.*

*Mis pasos; no hay otro ruido.*

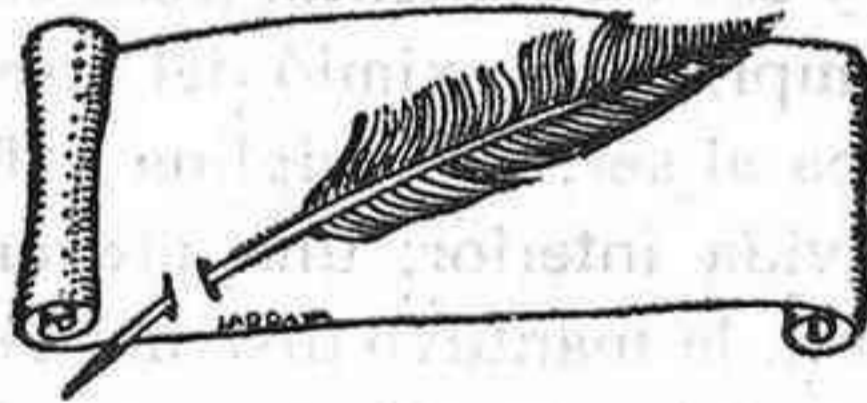
*Un farol junto a una valla  
trémulo, solo, perdido.*

*Corta el silencio la tralla  
de un pavoroso silbido...*

*Me detengo, estremecido...*

*La noche, siniestra, calla.*

**ENRIQUE DIEZ-CANEDO**







## A las puertas del otro mundo.

**L**A vejez del profesor Benedicto, de la Facultad de Ciencias, había sido laboriosa, serena como su vida entera. Un río claro, de sesgo curso, de márgenes llanas, tal le parecía, al volver la vista atrás, el medio siglo ofrecido a su vocación docente. La falta de peripecias no le inducía a lamentar la brevedad del camino, tan corto en la perspectiva: habíalo medido paso a paso y gustado el sabor de cada minuto merced a la insaciable voracidad de su pensar. En el umbral del último sueño, Benedicto se persuadía de no haber rehusado a su inteligencia en tiempo, cebo ni ejercicio, cuanto pudo darle sin hartura, y estaba contento. Gozó su espíritu de libertad precoz: una madurez temprana le eximió del arrebató, desquite de la juventud, que se anticipa al ser; la disciplina sofocó las llamas de la fantasía, horno de su vida interior; una prevención taimada, reliquia de su progenie rural, le mantuvo distante de los émulos. Emancipado de la ambición y del amor, túvose por el hombre más independiente del mundo. Su libertad interior le permitió arribar a la contemplación y reducir toda su actividad al juicio. Estaba contento y no le remordía el despilfarro de la vida porque había asistido al paso de la realidad, externa e interna, como al de un raudal sobre el que el entendimiento vigila y medita.



Benedicto se insertó con lealtad en la vida de su tiempo. Benedicto era leal, pero no ingenuo; la lealtad no excluye la cautela. Fundó una familia, desempeñaba un cargo público, y cumplió siempre con parsimonia los deberes, a veces enojosos, nacidos de su nombradía. Pensaba poco bien de las personas, sin inquina: la capacidad de concebir una Humanidad mejor no le ensombreció el carácter, ni se valió de su propia excelencia para ceñirse las ínfulas de conductor de pueblos ni de escultor de almas. Conducíase a veces con timidez, siempre con reserva. Su obra maestra era el silencio, asilo de su discreción, creado por su voluntad tenacísima, que poco a poco dominó y apagó las explosiones de ira con que de joven acogía los renuevos de la estupidez verbosa, pululante en torno suyo. Menos tardó en conocer su falta de originalidad: aquel talento vasto y rápido, certero, no sabía inventar. Benedicto no se descoyuntó, ni se embadurnó para fingir lo que no era; por pura decencia se libró del histrionismo. Encerrado en sus límites, nada dejó dentro de ellos sin explorar. Y así había visto pasar los años, sin prisa ni susto, indiferente a los signos exteriores con que el tiempo va contando la rapidez de su andadura. La vejez, limpia y ágil, ya tan dilatada, hábale traído en recompensa—pensaba Benedicto sonriendo—un descubrimiento inesperado: en contra de las prevenciones juveniles y de la edad viril, se ufanaba de vivir una vida valiosa.

Toda España conocía de nombre al profesor, pero muy pocos sabían a qué atenerse respecto de su persona. Cultivaba una ciencia abstrusa, sin provecho actual ni clientela de discípulos y aficionados que le hiciesen coro. Su nombre no servía para exhibirlo en hilera con otras glorias del país al evaluar la aportación española a la cultura europea. Benedicto era popular por motivos ajenos a la sabiduría. Recordábase que había estado en las Cortes de 1869 a 1873 afiliado a un partido antiborbónico, no se sabía cuál; la Restauración le apartó de la política y vivió luengos años en la obscuridad,



## LA PLUMA

sin más ocupación que la cátedra y los libros. No iba a misa; en la Universidad y en la Academia votaba siempre con la oposición; tenía-sele por hombre muy de la izquierda. Al morir los caudillos de la Revolución y de la República, la figura del profesor Benedicto comenzó a iluminarse y a ocupar la atención, como resto venerable de mejores días. Él no alteró su vida ni consintió en salir de su soledad gustosa; pero en la presidencia honoraria de todos los Comités de reorganización posibles leíase su nombre; los manifiestos renovadores carecían de autoridad si no los suscribía Benedicto; los jóvenes aprendieron a venerarlo en el Ateneo al oír contar los fastos de la casa, y los periódicos liberales moderados comenzaron a discernirle el título de «insigne repúblico». Benedicto no entendía bien lo que eso quería decir, ni tampoco el mote de «maestro de maestros» que sus enemigos le arrojaban al disponerse a faltarle al respeto; pero dejaba hacer, abroquelado en su indiferencia por las cosas ajenas a su vocación, hostil a cuanto no pudiera remozar sus ideas o su ingenio. Su silencio parecía amenazador, o astuto, o profundo. Los hombres de orden, no oyéndole gritar, se hartaban de llamarle sensato. En la Academia solían decirle: «Si todos fueran como usted, ya podíamos aceptar sus ideas.» Benedicto, alarmado, trataba de adivinar cómo parecería él a los demás para merecer tamaño elogio.

Nadie sabía si la vida del profesor era decente o pecaminosa, nadie sabía si Benedicto era ladrón, incendiario, estuprador o sodomita; pero como no se le había visto cometer ninguna de las pequeñas ruindades que en la vida pública van consagrando a tantos hombres al odio, al desprecio o a la mofa de los demás, una admiración humillante dominaba a casi todos; la virtud de Benedicto pareció sobrehumana; los informadores políticos escribían: el austero profesor. Tan sólo los hombres ebrios de ideal pero sedientos de soluciones concretas le zaherían: «¡Es un hombre puro; pero es un ideólogo!» Era, en fin, Benedicto una especie de mito, un símbolo tanto más venerado



cuanto más vetusto; como el sol y la lluvia doran las piedras, así la admiración y las injurias de los hombres le habían por igual cubierto de prestigio. Ni siquiera era seguro que para muchos fuese un hombre vivo.

Una noche la muerte le salió al través del camino y sin pedirle licencia se le puso al lado. Benedicto, viejo y todo, no la esperaba todavía; nunca la había visto tan de cerca, y la miró dudoso antes de reconocerla, mientras su corazón, soliviantado por la incertidumbre, quería escapársele del pecho. Iba por Recoletos con mucha pausa, atento a la delicia de la noche, noche de la recién nacida primavera, de milagrosa dulzura, oreada por el húmedo aliento de los campos. En los claros del cielo, de azul transparente, límpido, ardían pocas estrellas. Mirábalo Benedicto, y su alma, al contristarse de súbito, exhaló sobre la belleza del mundo un vaho de lágrimas, porque había entrevisto la inminencia de la despedida. Sintió en su cuerpo la mordedura de un accidente amenazador; tal vez aquello no sería nada; pero antes de apelar a los recursos defensivos de que podía echar mano en su apuro, sudó y se angustió, atosigado por el pavor de la carne, como una bestezuela en la agonía: tuvo la evidencia dolorosa de su fin próximo, y como si lo leyese en caracteres de metal, cuyas aristas se le clavaban en el cerebro, vió que aquel mal inexcusable era el mal absoluto, sin enmienda ni desquite, y que los arbitrios a que los demás, y acaso también él, pobre hombre, acudirían para su consuelo, no eran sino engañosos afeites y lenitivos para aminorar la fealdad y aspereza del trance. Sondeó el abismo que la razón no podía medir; saboreó la amargura de aquel daño infinito; padeció en un segundo la tristeza de toda la eternidad en que iba a no ser. La sombra volcaba sobre Benedicto un silencio frío, denso, tan grave, que el profesor dobló la cerviz y siguió andando en su insólita compañía.

A poco se serenó con un esfuerzo que le hubiera enorgullecido menos de haber visto cobijada en lo profundo de su alma la espe-

9



## LA PLUMA

ranza de errar en el pronóstico. La duda fué su refrigerio bienhechor. En la noche jocunda, de tan amorosa ternura, los negros pensamientos se deshacían como el humo: el dolor parecía abolido, la muerte una idea anacrónica. Benedicto, riéndose de su pánico, se dejó contaminar por la infantil frivolidad del mundo y aguzó los sentidos. Soplaba el viento en frescas bocanadas, trayendo olores campesinos, olor a yerba jugosa, a tierra mojada. En el cielo bogaban nubes negras, espesas, bajas, de bordes plateados por la luz de la invisible luna. Barruntando la lluvia, el pecho se dilataba con el aliento de la noche. Benedicto respiraba a pulmón lleno, se golpeaba el tórax con la palma de la mano, pisaba recio. Llegó a su casa cuando las primeras gotas de lluvia se enterraban en el suelo polvoriento. Tan confiado iba, que se arriesgó a la prueba de subir a pie, y echó escaleras arriba con paso ligero, sonriendo de su calaverada. Cerca ya de su piso, el terror, más que el agotamiento físico, le paralizó. Su corazón trabajaba como un fuelle roto; le pareció sentir inflársele las venas, en las que pugnaba por abrirse paso con punzantes latidos la sangre embalsada. «¡Estoy deshecho—pensó—, estoy deshecho!» Subió casi a gatas, poquito a poco, los últimos peldaños, estupefacto con el éxito de su tentativa.

El profesor rehusó por mucho tiempo darse a partido. Cuando la esperanza no fué posible, Benedicto se amputó heroicamente el apetito de vivir, sin improperar a la vida ni al mundo ni cerrar los ojos a su hermosura. No fué rápida la amputación, ni menos, placentera. La ruina fulminante de su cuerpo le irritaba, como la deserción de unas fuerzas auxiliares, hasta allí serviles. Sus hábitos éranle cada vez más caros y se aferraba en cultivarlos, aun los muy penosos. Cumplía con ostentación sus deberes oficiales. Se dispuso a formar en los tribunales de la Universidad, e intrigó como un principiante ambicioso para que el Gobierno le enviase a cuchichear con otros sabios recónditos en cierto Congreso de Copenhague. Otra embes- tida del miedo le decidió a consultar con el médico.



En un día suspenso, apacible, salió de su casa a la hora habitual y bajó a la Castellana. Anduvo despacio, deleitándose en la súbita aparición de los jardines. Aunque ya corría mayo no los había visto tan frondosos y exuberantes como ese día. Creyó verlos por vez primera en el momento de plenitud de su nueva vida. Era un milagro de la luz. Nubarrones oscuros, preñados de agua, estaban suspendidos en el cielo, velado por celajes blanquecinos. Una luz igual, sin reflejos, sin brillo, sin fuego, hacía valer con suavidad las líneas y tonos de los segundos términos. Sobre las fachadas innobles de las casas, a lo largo de las calles, rebosando de las verjas o en los parques opulentos, los árboles se enseñoreaban del ámbito, desalojado por el sol deslumbrador. Las masas de verdura adquirían un valor inusitado. Sus formas temblorosas, ufanas, lanzadas en el aire, se esponjaban en reposo. Benedicto apacentó sus ojos atónitos, dejando escapar de sus labios exclamaciones de contento; parecíale no haber gozado nunca un placer sensual tan puro; pero en su ánimo, trabajado ya por la tristeza, trasminaba una emoción suave, una dulce congoja, muy semejante a la gratitud. Veíase como nunca en las cosas que amaba: eran su imagen, casi su obra, donde se le aparecía su vida concreta. En esta elevación de amor, proyectaba sobre el infinito porvenir el haz luminoso del entendimiento, y al pensar el mundo sin él, se desolaba.

Benedicto creyó siempre muy en serio vivir transido de humanismo; pero esa comunión terminaba en la muerte; su próximo fin manifestaba los límites de su don de simpatía. Su acabamiento personal era la extinción del placentero fenómeno que llamamos realidad exterior. Benedicto podía concebir el mundo sin él, pero no a él sin el mundo. Sin temores ni esperanzas, aferrábase a lo que daba testimonio de su propia vida. En su emoción ante las cosas descubría ahora un fuerte caudal de amor de sí mismo, y empezó a creer que había vivido mucho menos encastillado y remoto de lo que siempre



## LA PLUMA

pensó. Reconocerlo así, era de su parte, un acto grande de humildad.

Desahuciado por el médico, Benedicto halló que su hábito de no rebasar con el deseo la realidad, cautelosa prevención de su egoísmo, exigía de él por una vez un esfuerzo ímprobo; pensó que ese sacrificio rescataba con creces las pequeñas fruiciones solapadas que la abstención le granjeó en su vida. Lo cumplió a ojos cerrados, como quien pasa un brebaje; en fin de cuentas, lo que hacía era disminuir su dolor. Su enfermedad era una cárcel, o más bien la capilla de un reo, de la que se fugaba por la imaginación. Esas evasiones le alegraban; pero luego moría mil muertes, y Benedicto, como Juan Jacobo, quería morir una sola vez. La soledad del verano le fué propicia. Cuando al reanudarse el curso se supo en la Universidad que Benedicto no profesaría más, los que habían de ser sus alumnos se alegraron, porque era meticoloso, preguntón y, como un dómine antiguo, obligaba a empollar.

Benedicto había dado el paso más difícil al aceptar su inmediata destrucción; en las disposiciones que tomó luego y en las palabras que dijo para prevenir el desorden en su familia y templar su dolor y el de sus amigos, puso una serenidad fría, como si fuese de corazón duro y seco. Su mujer, muy devota, se escandalizaba de aquella impasibilidad, que le parecía simplemente pagana; sus hijas lloraban a escondidas; sus amigos visitábanle rara vez, por no alarmarle; pero nadie dudaba de la proximidad de su fin, del que Benedicto no volvió a hablar ni permitía que le hablasen, para evitar todo riesgo de enternecerse y de parecer sentimental.

Un periódico salió cierta mañana «con la gravedad del sabio Benedicto»; el gran público se convirtió en espectador de aquella agonia. Que su enfermedad postrera y su muerte ascendieran con celeridad a la categoría de sucesos públicos, contrariaba la displicencia del profesor. Benedicto creía tener bastante con la desgracia de morirse, y no podía pensar sin repugnancia en la curiosidad frívola de las gen-



tes que perforaba con millones de ojos los muros de su casa. Postrado en un sillón, miraba Benedicto a través de los cristales declinar el sol de cada día de invierno y desteñirse las nubes rojas del poniente en el azul blanquecino del cielo. Una similitud fácil presentábase a su espíritu, y gustaba de estar solo, en silencio, para contar con melancolía los últimos latidos de su corazón y decir adiós a la vida, amable aún como una esperanza antigua que no hubiese llevado fruto. La esposa de Benedicto no pudo ni quiso respetar el recato del moribundo. Sacó primero de la curiosidad pública una manera de consuelo, persuadiéndose que el mundo no había hecho hasta entonces cabal aprecio de los méritos de su marido; pero la notoriedad del trance agravó en el ánimo de la esposa el sentimiento de su responsabilidad. La muerte de Benedicto podía ser un ejemplo, y aunque sabía bien a qué atenerse respecto de la irreligión del catedrático, era pecado no esperar, y pecado también no hacer todo lo posible para evitar al menos un escándalo. Mucho pensó y maquinó la buena señora; al recordar que Benedicto tenía amistad con un cura, correspondiente de la Academia a que el profesor pertenecía, le hizo venir y con pocos preámbulos le introdujo en la alcoba. Benedicto le sonrió y con el gesto le invitó a sentarse. Parecía que le aguardaba.

—Yo no quería venir, querido maestro—prorrumpió el cura—; mejor dicho, me hubiera privado del gusto de venir para no alarmarle sin motivo. Estos hábitos nuestros, cuando entran en casa de un enfermo, parece que anuncian un peligro inminente, y causan miedo; tal es el mundo. Pero mi deseo de hablarle era tan vivo, y aquellos señores se interesan tanto por usted, que me he decidido. Usted no es un hombre vulgar con el que hayan de tomarse muy en cuenta esas preocupaciones, ¿verdad?

—Ha hecho usted bien en venir, si era su gusto—repuso Benedicto—, y mi mujer ha hecho mejor rompiendo la consigna de no recibir a nadie. Será tal vez lo último que yo haga en obsequio de us-



## LA PLUMA

ted... Para saber lo que tengo encima y lo que me espera, no aguardaba, es claro, la venida de usted; me basta con el médico y con mis observaciones propias. Yo no había previsto conexión alguna entre mi muerte y la presencia de usted aquí; si usted no me lo dice... no hubiera caído en ello.

—¡Oh alma serena! Si yo no fuese cristiano y además sacerdote, tendría que admirar la tranquilidad de usted. El mundo aplaudirá, porque ve en ello valentía y orgullo, pero yo no apruebo, amigo mío. Ese desprecio por la vida es el resultado de la sabiduría; esa impasibilidad ante la muerte es fruto de la irreligión. Sólo la creencia en Dios podría estremecer y caldear su alma, aprisionada en un estoicismo rígido, casi extrahumano; la creencia derretiría su corazón endurecido cuando se acercase ese instante de comparecer ante su juez, que hace temblar a los más justos.

—¡Entra usted en materia sin rodeos! ¡Muy bien!—dijo Benedicto riendo—. Evíteme usted una polémica tardía. Si tiene usted un fuego comunicable, abráseme, yo no me opongo, pero no me aseste un argumento. Yo no quiero defenderme, nunca me he defendido; no tengo sistema, no tengo ideas sobre el otro mundo ni sobre mi destino. Sólo sé lo que encuentro al explorar mi conciencia... Permítame usted que le rectifique en un punto: yo no desprecio la vida ni estoy impasible ante la muerte...

—¿Teme usted el más allá? ¿Lo desconocido? ¿Temería usted... a Dios?

—¿Temer? ¡No! Hubiese querido vivir aún algo más; no estoy cansado, no he concluído... La vejez me ha enseñado a gustar el valor de la vida; hoy la encuentro más bella que nunca. ¿Cómo será sin mí después de muerto? Desde el fondo de un cuarto solitario, entre papeles y libros, puede uno insertarse en la trama del mundo con más vigor que sus apasionados dominadores. El Destino, la Naturaleza, el Dios de usted, ¡quien sea!, son crueles conmigo y con



tantos otros que quisieran y merecerían vivir. Doblo la cabeza ante la necesidad y de su mismo rigor inevitable extraigo la calma; no tengo dolor, ni rebeldía, ni conformidad; tengo tristeza... La muerte misma no es nada. Después de mi hora, bien sé que no me tentarán las cosas que dejo aquí.

—Voy a rezar por usted y por mí; rezaré por los dos. Yo tengo ese fuego que usted dice, porque tengo fe; si no acierto a comunicárselo a usted es que soy un gran pecador. ¡Sí!, yo tengo fe en Dios, en Jesús vivo, que nos juzgará a todos, a usted también; conozco su justicia infinita y su misericordia, que ni a usted ni a mí nos abandonará si se lo pedimos de corazón. Usted no cree: ¡yo rezaré por los dos! Abandone usted, amigo mío, esa preocupación por las cosas terrenales que le ciega a usted. Si en su vida—vida retirada, tranquila, austera, según el mundo—no encuentra usted caídas graves, si ha cumplido usted incluso con lo que su conciencia racional le pide, piense que su deuda para con Dios no está pagada...

—¿Mi conciencia? Verá usted. Mi conciencia de nada me acusa, ¡oh, no me mire usted así!, ni me condena, porque no es un juez... Es una crónica donde se empalman los fastos de mi vida. Me miro en ella y veo cómo fui, cómo soy; es como una cinta que va arrollándose por una de sus puntas. Ni sé quién la puso en marcha ni cuándo se romperá. Mis gestos van pintados a lo largo de ella. Unos me parecen plausibles, otros ridículos, feos. A lo más que llego es a desear que algunos no hubiesen existido; pero ¿acusarme?; ¿de qué, por qué, ante quién?

—Plausibles unos, feos los otros. ¿No está usted viendo ahí la acusación? ¿Y cómo pueden ser unos plausibles, otros no, sin una regla superior que sirva de contraste, y cómo...?

—Amigo mío—interrumpió Benedicto—, no se sofoque; si no, la conversación dejará de ser gustosa para los dos. Yo le estoy describiendo a usted un sentimiento mío, que es así como yo se lo pinto,



## LA PLUMA

sin que de mi parte pueda ser de otra manera. Usted me quiere replicar con un raciocinio; es perder el tiempo. Ni la ocasión ni mi gusto se prestan tampoco a eso. Sepa usted, además, que esa regla superior de que habla, yo la poseo. Tengo una moral. Cuando le he dicho a usted que unos actos míos me parecen feos, no lo he dicho a tontas y a locas. La fealdad y la inmoralidad se confunden.

—¿Y cuál es su moral, si puede saberse?

—Sí, sí. Mi moral es... ¿cómo decir?, la moral del bien ajeno, la sumisión a lo que pide el grupo en que uno está enclavado: familia, ciudad, nación; el sacrificio, la anulación de los apetitos e instintos personales ante la regla del bien colectivo...

—¿Una moral de sacrificio sin Dios? ¿Una moral que pretende domar las pasiones sin ofrecer recompensas ni amenazar con el castigo? ¡Qué absurdo y qué fracaso, amigo mío! ¿En nombre de qué esa sumisión, en qué aras ese sacrificio?

—En nombre y en las aras de nuestra condición humana, de la cual nace esta aspirabilidad sin límites que nos entristece, pero también nuestro orgullo noble. Somos la conciencia del Universo. Frente a mí, la Humanidad es eterna. Mis actos valen si concurren a aumentar esa vida de la especie y amplían la inteligencia y la libertad.

—¡Palabras, pedantería, orgullo tan antiguo como el mundo! Afeites con que la impiedad quiere encubrir su rostro corrompido. Debajo de esas fórmulas vanas, de las que Dios está ausente, ocultáis vuestro egoísmo, vuestros apetitos adorados.

—Amigo y señor—dijo Benedicto extendiendo un brazo hacia el cura—, yo le he tenido a usted siempre por hombre despierto y de buena fe. Más candoroso que inteligente, lo digo con sinceridad, pero libre de la impertinencia proselitista, libre, sobre todo, de aquel abyecto fanatismo que niega al disidente toda rectitud, toda pulcritud y el honor. ¿Será usted un cura absolutista, un cura guerrillero, capaz de odio, capaz de perseguir, refugiado hasta hoy en las matemáticas?



¿Será usted de aquellos que a un error de la inteligencia le atribuyen por causa una perversión moral?

—¡Perdóneme usted, perdóneme usted! He sido orgulloso, no he tenido caridad. Yo soy el más pecador de los dos. ¿No querrá Dios servirse de mí para esta obra? ¡De rodillas le pido a usted perdón! No con palabras, con mis lágrimas quiero volverle al sentimiento cristiano...; es mi deber..., es mi más vivo deseo. ¡Me pesa haber sido duro y violento al hablarle!

—¡Oh, oh! ¡Basta...! ¡Qué escena! ¿No ve usted que me altera, que me hace sufrir? ¿Para esto ha venido usted? ¡Qué ofensas ni qué perdón! Serénese. Me desagrada que nadie se rebaje o se humille ante mí ni por causa mía. Si yo no tengo fe, no es de usted la culpa.

Benedicto entornó los ojos, fatigado. El cura se rehizo un poco y prosiguió con voz más grave:

—Si no tiene usted fe, ¿le pesa no tenerla? ¿No desearía creer?

—Nunca me he sorprendido la menor veleidad de ello.

—¿Y no echa usted de menos a Dios, un Dios de amor a quien ofrecer sus acciones buenas, y aun ese mismo dolor que ahora siente al dejar este mundo?

—Sinceramente, no lo echo de menos. La actitud de los incrédulos que van por el mundo lamentando su incredulidad y envidiando su fe a los creyentes me parece una superchería necia.

—Reflexione usted siquiera en la posibilidad, nada más que en la posibilidad de equivocarse. Examine la posibilidad de que haya Dios, y un cielo y un infierno... ¿Qué sería de usted? ¡Vamos! ¡Conteste!

—Habría hecho un malísimo negocio.

—Entonces, ¿no cree usted que vale la pena de pensar en ello y de excitarse a la fe y a la penitencia, ya que no por amor, por miedo?

—La prudencia más elemental lo aconseja así. Pero dígame: ¿es que no tengo que hacer sino tomar un salvoconducto expedido por usted?



## LA PLUMA

—Tomarlo, sí. ¡Habiéndolo merecido! Confiese sus culpas y arrepientase de ellas.

—Confesarlas, fácil es. ¡Hasta donde mi memoria alcance! Arrepentirme, no sé si sabré. Cuando repaso los sucesos culminantes de mi vida encuentro muchas cosas que quisiera no haber hecho, por ejemplo: alguna vez me he quedado con bienes ajenos. ¡Oh, no crea usted en un hurto infantil, no! Antes de ser caedrático, antes de casarme, cuando yo era un misterio para los demás y para mí, unos cuantos miles de pesetas del Tesoro público, que yo tenía que administrar en un destinillo, pasaron a mi bolsa. Mal hecho, ¿verdad? Pues mire usted, sobre eso se funda mi vida entera: ese dinero me permitió vivir independiente, viajar, tener buenos libros, esperar año tras año mi advenimiento a la cátedra... Yo creo que he restituido a la sociedad con mi trabajo aquel anticipo forzoso.

—¡Qué abismo de sorpresas es la vida! Usted tiene a su cargo un hecho así, y está sereno.

—¿Un hecho así? ¡Y algunos otros que le sorprenderían a usted más! Todos ellos no me han impedido ser un hombre honrado. Mi corazón no se ha corrompido, siempre quise ser mejor y me esforcé por serlo.

—Si sus fechorías llegan a divulgarse, habría dado usted en la cárcel con su honradez; el mundo le habría despreciado...

—Ya me lo figuraba yo; por eso tuve buen cuidado en ocultar mi delito. Lo conseguí. Era hombre honrado, y la justicia pedía que mis faltas no me perdiesen. Los delitos de los hombres honrados—es decir, de los que no han roto el equilibrio de la moralidad en favor del mal—deben quedar, y casi siempre quedan, en la sombra.

—¿Y su conciencia? ¿Y su moral del bien ajeno?

—Mi conciencia se limita a recordarme eso que hice a mis veinte años. Si ojease un periódico de entonces, recordaría los sucesos que más me llamaron la atención y reconstituiría una parte del mundo



exterior en que viví, como rehago un poco de aquel muchacho ya olvidado. Muy bien sabía yo entonces que lo hecho era malo; tal vez mi inteligencia me lo hacía ver así; pero no luché, no me atormenté. Medio siglo después, ¿quiere usted que me aflija por lo que hice? Si hoy poseo una norma de conducta elevada es que he progresado; he vivido en el estudio, en la meditación, soy casi otro hombre.

—Sea usted cristiano un segundo al menos; vea su miseria, mire que está a punto de oír su sentencia y piense que será terrible. ¿No siente haber ofendido a Dios?

—¿Dios? ¡Desconocido!

—¡Infeliz! ¿Quiere usted condenarse?

—De ninguna manera, ya se lo he dicho. Una eternidad de tormentos es un peso superior a la resignación y a la ironía. ¿Qué hacer? Recomiéndeme usted, por si acaso, a las potencias celestiales.

—¡Haga un acto de fe, dígame que cree en Dios!

—¿Basta decir sí, aunque por dentro no crea?

—¡Oh! Aprovechese al menos del terror de la carne. ¿No sabe usted que va a morir, que su fin está próximo, más próximo de lo que cree, que tal vez esta conversación es la última tabla que la misericordia de Dios le arroja para salvarle? La hora llega, es inminente despertar en la otra vida, ¡y qué vida si es para padecer sin fin!

—Me asusta usted, sí; me asusta usted; creo que me hace sudar de miedo. Sería un destino bárbaro el mío; pero no me enciende usted la fe, no estoy contrito; y yo no me niego, yo estoy bien dispuesto. ¡Qué más quiero que no ir al infierno, si lo hay!

—Satanás habla por boca de usted.

—No lo crea; soy un hombre de buena fe. ¿Volverá usted otro día a continuar su obra? Hoy estoy cansado, muy cansado.

—¿No quiere usted humillar su orgullo, pedir perdón para que yo le absuelva?

—Absuélvame si puede y quiere; yo no me opongo.



## LA PLUMA

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué obstinación! Ofrézcame al menos hasta que yo vuelva que pensará en estas cosas, que se esforzará en tener buena voluntad, que deseará lo mejor para su alma y se pondrá en las manos de Dios.

—Lo que yo le ofrezco es no cortar el hilo de mis pensamientos. Su rumbo no sé cuál será. Y ahora, hasta más ver. Escuche: como hombre y como sacerdote, prométame una cosa: usted no entrará aquí sino mientras pueda conversar conmigo.

—¿Cómo?

—Que si pierdo la cabeza o el habla o los movimientos, usted no pondrá más aquí los pies. ¿Estamos?

—Sea. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

Después de llorar con la esposa la contumacia del incrédulo, el cura se retiró sin perder por completo la esperanza. Su caridad era, por decirlo así, belicosa; quería expugnar el corazón de Benedicto como una fortaleza guarnecida por Satanás. Y una voz secreta, la voz de su celo cristiano, decíale que aquella obra la cumpliría él, instrumento, aunque indigno, de la bondad celestial. Percibió señales del gran ejemplo que Dios quería hacer en la conversión de Benedicto; su vuelta al redil iba a ser notoria, como su descarrío. Por vías misteriosas se esparció la noticia de que Benedicto había pedido confesión.

«Ya le han metido un curángano en la alcoba», decían unos, rechinando los dientes, en lo que se conocía su espíritu infernal.

«¡Oh, la muerte les baja a muchos los humos!», decían otros, con sonrisa de triunfo, como si en la conversión del enemigo vieran el desquite de una humillación antigua.

Al día siguiente un periódico católico aludió veladamente al suceso: «Conforta el ánimo pensar—decía—que, como ha escrito un gran historiador de nuestra gloriosa literatura, muy pocos españoles mueren en la impenitencia.»

El cura se preparó con muchas meditaciones y rezos para el nue-



vo combate de aquel día; en lo mejor de su piadoso ejercicio paróse a considerar la hedionda miseria del corazón humano, aun en sujetos de vida pulcra en apariencia, como su amigo. ¡El austero profesor era ladrón! Había robado, y pretendía además explicar y justificar su desafuero con razones al alcance de cualquier salteador. Comenzaba a sentir el cura, ante la iniciada confesión de Benedicto, un fervor compasivo, cuando una idea de inspiración diabólica se enseñoreó de su mente. El profesor ¿habría mentido? Toda aquella historia del robo, el glacial cinismo con que la contaba, ¿no serían embustes improvisados para burlarse de su furia apostólica? Al cura le repugnó la idea y empezó por desecharla; pero era impaciente y soberbio; en la posible chanza de Benedicto vió un agravio personal, según el mundo, y se consideró en ridículo. Coligió todos los rasgos del carácter de su amigo que abonaban sus sospechas, y pronto fueron casi certidumbre. Después de todo, el tal Benedicto, ¿no había sido siempre un egoísta desalmado, un zorro, un burlón frío, en quien se prolongaba «el último eco de la risa de Voltaire?» El cura concluyó por indignarse, y se lanzó a la calle encaminándose a casa de su amigo, resuelto a poner las cosas en claro. Benedicto le deparó el chasco final. El profesor había muerto dos horas antes, sin pedir nada ni hablar con nadie, llevándose el secreto de su austeridad. El cura sintió derrumbarse su cólera; sobrecogido de pavor, rezó ante el cadáver.

No se habrá olvidado aún el alboroto de que fué ocasión el entierro de Benedicto. La Iglesia, ayudada por la familia, reclamaba sus despojos; los librepensadores querían, por su parte, hacer propaganda con el muerto. La disputa, breve, fué intensa, tanto, que se pensó arreglarla incautándose el Gobierno del cadáver para enterrarlo con pompa militar. Al fin, Benedicto era una gloria nacional. «El espíritu ecuaníme del Presidente del Consejo—decía un periódico—accederá seguramente a lo propuesto, con lo que se daría además una prueba del amplio criterio liberal del régimen.» El testamento de Be-



nedicto zanjó la cuestión: «Prohíbo que me vistan después de muerto—decía—; prohíbo los honores de toda especie. Quiero que me entierren en el cementerio civil, en un hoyo sin losa ni nombre.» Así se hizo, una tarde de marzo en que el vendaval, duro como granito, arrastraba locamente por el cielo jirones de nubes. Los secuares de Benedicto congregáronse a millares para tributarle el homenaje postrero. Los más acérrimos subieron al piso, se apoderaron del ataúd, y sin admitir que lo cargasen en el carro, se dispusieron a cumplir el rito a que están sujetos los hombres de tal categoría. Consiste en llevarlos a los lugares que más frecuentaron en vida para figurar el hecho de la separación material causada por la muerte. A Benedicto le pasaron por delante de la Universidad y de la Academia, por delante del Ateneo y del Congreso. Este rito, probablemente local, no implica ya ningún sacrificio sangriento: se ha perdido la costumbre de degollar, para enterrarlos con el muerto ilustre, a un cierto número de sus colegas, camaradas y conmlitones. El paseo por Madrid es sólo fatigoso; aquella vez lo fué como nunca. El frío arrancaba lágrimas a los portadores del muerto. La muchedumbre fué aclarándose. Ya anocheecía cuando el cortejo llegaba a la carretera de las Ventas. Entonces se echó de menos el carro fúnebre que los entusiastas habían despedido casi con amenazas. Dejaron el ataúd en la cuneta, refugiáronse algunos en los ventorros del camino, volviéronse los más a Madrid, y cuando pasó un coche fúnebre, de regreso del cementerio, se consiguió que recogiese a Benedicto y lo llevase, ya noche cerrada, al depósito, donde lo dejaron tendido. Pero Madrid había visto en sus calles una manifestación grandiosa. «Pueblo que así honra a sus muertos—escribía el redactor de un periódico—se honra a sí mismo.» El redactor tenía—y en gran manera le admiraban por ello—el don de elevarse de lo particular a lo general, que es en esencia el don de la sabiduría.

**MANUEL AZAÑA**





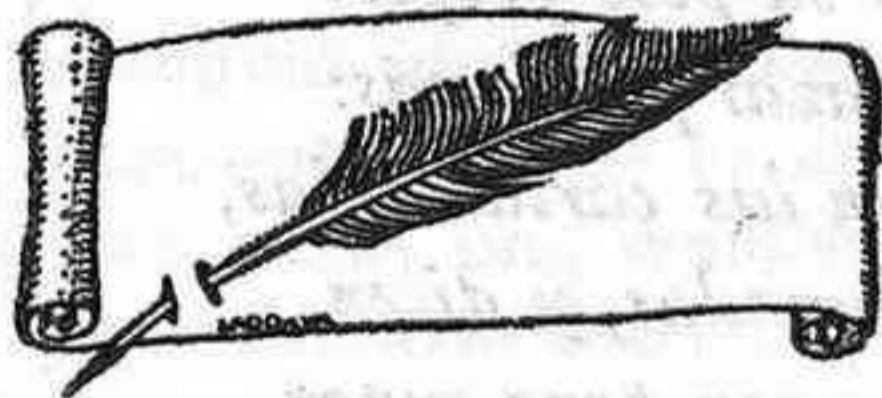
# VOZ DE JUGAR

*Esta noche se me ha hundido  
ese castillo de naipes.  
El juego era serio. Un  
castillo de naipes puede  
ser albergue bienhadado  
por toda la vida. ¿Acaso  
no hay hombres que tallan mármoles  
y ponen piedras encima  
de piedras, supremo arte  
que llaman de arquitectura?  
Yo iba poniendo los naipes  
uno al lado de otro, todos  
trabados por voluntad  
y no por su peso propio.  
Pero el azar pudo más:  
ahí están las cartas todas,  
desparramadas, y dicen  
que ellas son para jugar,  
para ganar lo perdido  
la vispera*



*y perder lo que se gana  
otro día. Nada más.  
Para deshacer y hacer  
como las aguas del mar.  
«¡fugador, juega tu carta  
seriamente, que ya está  
preparándote un castillo  
mejor que el tuyo, el azar...!  
¡Si es que ganas...!»  
Pero yo pienso en que tengo  
muchas cosas que guardar.  
Y mientras el alma oye  
voz de jugar y dudar,  
las dos manos  
sobre los naipes se van  
a salvarlo todo, y vuelven  
a empezar.*

**PEDRO SALINAS**







# APUNTES

## para una geografía musical de Europa.

(1920)

—Trrrrrrrrrrrrrr...

—¡Ras! ¡Ras!

—Se ha descornado el telón. ¿Qué se ve en el escenario?

—Un cielo limpio, una luz suave, unos arbolitos tiernos, un arroyo claro.

—¿Será un paisaje nuevo o una segunda parte de la misma?

—La escena se ha cambiado, el ambiente es otro, los personajes son gente bisoña. Todo es distinto. No se quiere proseguir más la comedia vieja. Conceptos, creencias, sentimientos, voluntades, todo tiene un norte diferente; se ha mudado de orientación. Hay otros dioses en los altares y son más armoniosos los sacrificios. El nuevo mundo es una isla alegre, luminosa y florida en medio de un mar pagano. No profundo, sino transparente. No grandioso, sino lleno de reflejos. El aire es tibio y perfumado. Corazón ligero y vinos claros.

### I

#### Francia.

En estos apuntes para una geografía musical de la Europa contemporánea, Francia se lleva la papeleta más extensa. Ayer se la hubiera lleva-



do Rusia; antes Alemania, Italia, Francia otra vez en tiempos más viejos. No ahora, sino antes de la tormenta, Francia se había preparado ya para el cambio; virtualmente lo había realizado ya, pero sólo después del estruendo es cuando esto se comprueba, cuando se ve que el arte nuevo ha perdido todo contacto con el de antes de la guerra.

La transformación se opera en Debussy. Nos basta detenernos en Debussy sin remontarnos más atrás. La revolución debussista es la primera fase del cambio. Vamos a ver cuáles son sus aspectos diferentes; esta primera parte, o sea el período debussista, es una protesta de la sensibilidad. Primero, contra el «objeto», esto es, el asunto tratado. Segundo, contra los «medios», esto es, los procedimientos para tratarlo. El asunto fué, pues, en síntesis, una protesta *de orden estético*; la cosa protestada fué el almacén sentimental del romanticismo y la técnica alemana con que se expresaba.

\* \* \*

Con Debussy la música cambió de clima, de atmósfera, de perspectiva. Otro paisaje y otro ambiente.

Después de Beethoven, la música adquirió un *valor de orden ético* totalmente distinto al que tuvo en tiempos de Mozart y, con más razón en tiempos anteriores. En este nuevo aspecto, el arte musical llevaba una ganancia y una pérdida. Parecidamente a lo ocurrido con la pintura, el arte se elevaba en «consideración», pero bajaba al mermar su función natural: decoración, embellecimiento de la vida. La «pintura de museo» se emparejaba con la «música de concierto». Ganaba diariamente en intensidad, en intimidad, en agudeza; pero se hacía especialidad de competentes. Todavía en tiempos de Mozart y de Haydn el arte de salón era sensiblemente el arte de la calle: no había diferencias profundas; los compositores se diferenciaban sólo por la calidad de alma. La «sinfonía» fué el vehículo de la transformación. En la «danza», elemental de construcción, comenzaron a trastocarse los términos. Se dió sin cesar cada vez más importancia a la trama y menos importancia al bordado. Nació eso que se llama el «tecnicismo» por los profanos y el «sinfonismo» por los profesionales. La música se hacía



un arte de mover el corazón (valga la frase) en vez de ser un arte de trenzar los pies. Beethoven le dió patente de trascendencia; y luego todo el siglo XIX se cebó furiosamente con el pobre arte sonoro, al que hizo exclusivo intérprete de sus enervamientos y lo utilizó de alcahuete.

La reforma debussysta es de una incomparable depuración y dignidad. Abrió las ventanas, entró el sol y el aire claro. Su música fué una música sensual que reemplazó a la música sexual y a la música intelectual del siglo caduco. Quería volver a ser, como en tiempos del clave, un arte ingenuo y valedero por su estructura sonora. Todavía, sin embargo, estaba lleno de petulancias del mil ochocientos. Es verdad que había acercado la música más a los nervios y a la sangre, más al juego divino y eternamente nuevo de los sentidos; pero lo hizo precisamente con el mismo procedimiento vicioso de los románticos: por especialización, no generalizando. Es verdad que había abierto las ventanas, pero eran las ventanas del museo. Hizo entrar la luz clara en el salón, pero no sacó al jardín la estatua. Llevó el fauno y la tarde de julio al concierto, pero no consiguió desnudarnos y llevarnos al paisaje griego.

\* \* \*

Al lado de Debussy, que es el agente transformador, el más grande agitador artístico después de Beethoven, existen dos factores muy notables en el proceso de la renovación musical francesa. Además del valor puramente particular de cada uno de ellos, tienen una importancia general y es la de haber hecho continuar el movimiento, dentro de su mismo país, cosa no ocurrida en otros, según se verá más lejos.

Probablemente esos dos músicos a quienes nos referimos no aceptarían de buen grado este papel de colaboradores. Entiéndase bien que no los señalamos nosotros como colaboradores del debussismo. Nada más lejos: lo que entendemos es que por ellos dos continúa el movimiento de reforma, el proceso de evolución, la transformación, en una palabra, aún no conseguida.

Uno de ellos—Mauricio Ravel—, porque no se considera influído por la técnica ni las ideas de Debussy—y a muy justo título. El otro—Erik



Satie—, porque en cierto modo se considera un precursor de Debussy. Y aun el ver citados juntamente a ambos artistas parecerá a muchos cosa chocante. En efecto, objetivamente, sus obras son profundamente diferentes y el concepto respectivo sobre la «categoría» del arte también. Para Ravel el arte es todavía la superhombría: por caminos de perfección se encuentra el Olimpo. Satie es un tipo de nihilista. ¿Superioridad? Hace una mueca y se sonríe. Pero ambos creen en la profunda necesidad de la construcción y de la depuración de todo lo supérfluo. Sólo que en Ravel la complicación «material» es natural y en Satie su sencillez aparente es el extracto de un complicado alambicamiento. En el límite, ambos representarían la cristalización pura e inmaculada de un tipo: esto es, el *academismo* en su más elevado concepto. El aspecto burlesco de uno y otro, el frío sarcasmo que sus obras aparentan es, en cambio, un *trait-d'union* menos importante de lo que pudiera creerse; *primeramente*, porque la ironía en que se mueve casi todo el arte actual es una resultante de su punto de vista respecto a la triple posición del creador sobre el arte (antes), como realización (en) y respecto al público (después); *segundamente*, porque la ironía en Ravel está *in adjecto* y en Satie *in objecto*. Ravel hace muy seriamente su broma. Satie toma muy irónicamente su seriedad.

La importancia de Ravel, como copartícipe de la transformación podría definirse: consagra la radicalidad en el procedimiento. Pero la de Satie es mucho mayor: prepara al cambio de concepto ético, de *función* y lo hace precisamente afirmando la sustancialidad del principio clásico. En casi todos los dichos y los hechos de la más joven gente francesa hay el mismo doble anhelo: *quitar importancia y equilibrar como los clásicos*.

\* \* \*

Los últimos retoños del laurel francés son gente bisoña que se ha agrupado alrededor de Erik Satie. Se titulan los «nuevos jóvenes», o más corrientemente los «seis». Tienen un portavoz: Juan Cocteau (1).

---

(1) Véase su opúsculo *Le Coq et l'Arlequin*. Lo que citamos entre comillas pertenece a este librito tan rico de sentido.



¿Qué harán los «seis»? Extremar las cualidades que encontramos en el arte post-debussysta: llevar cada cosa hasta lo colindante con el absurdo. Al criterio de libertad técnica oponen un no-euclidismo aún más radical, por eso, por ir a lo más interno de la raíz. A la pretendida elevación de pensamiento, una buscada trivialidad, un «aire fácil», sin grandezas ficticias; las sonatas de Poulenc son el mejor ejemplo. No quieren comprar «valores firmes»; esto lo consideran en un joven como una verdadera vergüenza. Ni tampoco debe ponérselos en la piedra de toque; «todo valor que se prueba es un valor vulgar». Esto lleva consigo un renunciamiento a la historia. Es verdad y es trabajo costoso. «Es duro el tener que negar, sobre todo, las obras nobles. Pero toda afirmación profunda necesita una negación profunda.»

«Nada de sueños; pero sobre todo, si te afeitas la cabeza no te dejes tupé para el domingo.» «No se trata de cambiar de traje. De cambiar de piel es de lo que se trata.» No se preocupan de adoptar una actitud de vanguardia meramente decorativa. Saben que hay que ir escalón por escalón, so pena de tener que volver a subir para bajarlos. Están donde deben estar; «si una obra parece avanzada sobre su época, es simplemente porque la época retrasa».

Hombres vivos y artistas póstumos, proclama Cocteau. Les interesa, sobre todo, este aspecto de la vida ligero, fácil, gracioso, divertido, al día, «música a la medida del hombre. Nada de nubes, ni de olas, ni de acuarios, ni de ondinas, ni de perfumes nocturnos. Una música a ras de tierra es lo que precisa; una música de todos los días». «No más músicas en las que uno se deja flotar largamente; quiero que se me construya una música en la que pueda vivir como en una casa.» Satié respondió escribiendo su «Musique d'ameublement».

Si están ya lejos de Debussy es porque veían que el impresionismo no era más que el «contrecoup» del romanticismo, los últimos rumores de la tormenta. Y su música es aún de la que hay que escuchar con la cara entre las manos. No. Una música de tal índole es todavía sospechosa. Lejos, lejos del teatro y del teatralismo. «El teatro está siempre corrompido; el café-concierto a menudo es puro.» Conviene adoptar una *cierta actitud frívola*. ¿Comienza la gente a reirse? Buena señal. «No es que todo lo que



## LA PLUMA

haga reír a la gente sea bello o nuevo, sino que lo bello y nuevo excita fatalmente la risa de la gente.»

En Darius Milhaud, acaso el más granado de toda esta cosecha, aún verde; en Francis Poulenc, acaso el más frescamente jovial, el más puro (su rapsodia negra es netamente bella, y los trozos de piano y las sonatas positivamente deliciosos); en Georges Auric, el más incisivo, más agudo y más perspicaz; en Mlle. Germaine Tailleferre—lirismo primaveral, verde tierno—, en Luis Durey, en Honneger, hay además de sus intenciones un rico valor «objetivo». No creo que su obra pueda ser considerada como un movimiento sin consecuencia.

Ciertamente no es cosa tormentosa al buen viejo estilo romántico; es cosa simple y sonriente. Viento suave que ondula el mar dorado. Cambiado el sentido de la «importancia», ésta no se hace ya en hondura sino en superficie. Los «nuevos» aspiran a hacer del arte un objeto de todos los días, que ayude al agrado del momento y que contribuya al alivio del trabajo cotidiano. Si se permite el juego de palabras, su obra quiere ser profundamente ligera, en contra del romántico, que no pasaba de ser ligeramente profundo.

### **ADOLFO SALAZAR**







## de "La Dame de Cœur".

**L**A Dame de Cœur está en Madrid. No la busquen ustedes en Parisiana, porque esa no es la verdadera, y porque podría saltarles otra figura u otro color. Bien cerca la tienen: ella misma les sale al encuentro en estas columnas impresas, si no con el corazón en la mano, con dos corazoncitos gemelos en sendas esquinas del naípe.

Estos dos corazones se los ha dado el azar, padre suyo muy respetado, si no del todo respetable, para que corra por la vida como cumple a una señora de su alcurnia. La Dame de Cœur, como Magdalena, ha amado mucho; lo cual equivale a decir que ha sufrido mucho. Pues, en una época en que tuvo que hacer de mecanógrafa, cuando vivía en Londres y la llamaban Miss Proserpine Garnett, se ocupó, aprovechando raros momentos de ocio, en clasificar amores y penas por orden rigurosamente alfabético, y en guardar los unos en un corazón y las otras en el corazón de la otra esquina. Pero nunca pidió a su musa—la Musa de la Mecnografía, claro está,

*un fiore  
per l'amore  
e per l'odio una saetta,*

porque amores y sufrimientos no llegaron a dejar semilla de odio en ninguno de sus corazones: los dos están igualmente floridos.

Sin querer, y dejándose llevar por su alma, femenina al fin y a la postre, la Dame de Cœur ha sido indiscreta. Ha faltado, para empezar, a la elementalísima discreción que manda callar lo propio y sólo hablar de lo



## LA PLUMA

ajeno. ¿Quién le mandaba a ella decir que ha sido mecanógrafa? ¿No la hará desmerecer tal profesión en el concepto de las lectoras linajudas?

Para consolarse, no le queda otro camino que el de una nueva indiscreción a expensas propias: recordar otros tiempos, más lejanos aún, por desgracia, en que fué pajarita de ciudad y atendía por Mimí Pinson. Entonces le importaban poco cuna y linaje: lo que le hace sentirse orgullosa de aquellos días,

*ce n'est pas, on se l'imagine,  
un manteau sur un écusson  
fourré d'hermine.*

Advierte ahora la Dame de Cœur que desde entonces le ha quedado costumbre de acompañar su trabajo con cancioncillas en boga; sólo que, para andar entre literatos, gente asaz burlona, lo disimula citando a los poetas—en el buen sentido de la palabra. Perdónesele esta debilidad en gracia a la sencillez con que la confiesa.

Otro grave defecto tiene aún, y este sí que teme que no se lo han de tolerar las gentes graves de la revista: es charlatana hasta dejarlo de sobra. No necesitará probarlo de manera más elocuente que con este primer artículo, en el cual ha dicho de sí misma cosas que a nadie le importaba saber, y no ha llegado, en cambio, a decir nada de lo que se proponía. Achaquémoslo a falta de espacio, puesto que ya, como todos los escritores, y aunque no tenga ni la idea más remota del original acumulado en la revista, sabe que con esa excusa siempre se acaba bien un artículo.

En los próximos hablará de cosas más sustanciosas, si Dios no lo remedia. Y cuando no halle a mano asunto de actualidad palpitante, le bastará echarla a uno de sus dos corazoncitos, que no han dejado de palpar, y extraer un recuerdo de amor o de pena, con que, lectoras mías, os pongáis soñadoras. Ya sabéis que están perfectamente clasificados. De lo que nunca os hablará, tenedlo por seguro, es de los bailes de Tórtola Valencia; tampoco de trapos, plumas y modas: eso es cosa de hombres.

## **LA DAME DE CŒUR**





## ... castillo famoso.

**M**ADRID no me inspira una afición violenta. Si el amor propio de mis paisanos no se irrita, añadiré que Madrid me parece incómodo, desapacible y, en la mayor parte de sus lugares, chabacano y feo. Madrid es un poblachón mal construido, en el que se esboza una gran capital. Madrid se apelmaza en unas costanillas, en unos derrumbaderos, en lo alto de unas colinas (yeso de Vallecas, guijarros puntiagudos, sol de justicia) y no se atreve a esparcirse, a salir de sí mismo. Su gran Coso (Prado-Castellana), es como plaza de pueblo, a la que baja Madrid a verse, a contemplarse; no le sirve para ir a parte alguna: la Avenida de la Libertad (así la llamaron unos concejales republicanos) desemboca, igual que otras avenidas madrileñas, en un rastrojo. Más de un millón de cuerpos sudorosos se debate en la angostura de estas calles, grita y se atropella, como infelices bestezuelas que se hubiesen dejado coger en una jaula sin salida. En Madrid lo único es el sol. La luz implacable descubre toda lacra y miseria, y se abate sobre las cosas con tal furia, que las incendia, las funde, las aniquila. Por el sol es Madrid una población para Jueves Santo o día del Corpus: suspensión del tráfico, tiendas cerradas, formaciones, pausados desfiles... (y en las casas, quitadas ya las esteras, está el comedor en fresca penumbra, con las maderas entornadas, hasta que las niñas vuelvan de la Castellana). Madrid no me parece alegre, sino estruendoso. Madrid cambia menos de lo que se piensa. Cierra los ojos, lector: ¿qué



## LA PLUMA

ves al acordarte de la villa? La mole blanca de Palacio y unas torres y cúpulas bajas perfilándose en el azul, sobre las barrancadas amarillas que bajan al río y dominan el Paseo de Melancólicos.

Basta lo dicho para saber que yo no soy madrileñista. El madrileñismo es necesidad importada de la periferia. Hace años, un catalán que le vendía adoquines al Ayuntamiento, quiso ser concejal, y en sus carteles electorales se tituló madrileñista. Era una idea de empresario; después la han hecho suya algunas casas de juego. Pero sin que el madrileñismo me ciegue, conozco que Madrid solicita al desocupado paseante con alicientes muy gustosos. Primero, en Madrid no hay nada que hacer, ni adonde ir, ni (para un madrileño) nada que ver, porque no es cosa de llegarse todos los días al Museo a preguntar si han cambiado de sitio *Las Meninas*. Segundo, Madrid es un pueblo sin historia. Una «vieja ciudad» histórica empieza por infundirme un recelo provisional que se torna en alejamiento definitivo en cuanto la historia que revela es, como acontece, apestosa de estupidez. En Madrid nunca ha pasado nada, porque hace más de dos siglos que en España no ocurre casi nada, y lo poco que ha ocurrido ha sido en otros sitios. Toda la historia de Madrid son unos besamanos y unas intrigas de cámara y alcoba regias. Con las *Memorias de Mesonero*, la *Estafeta de Palacio*, y la colección de *Crímenes célebres*, se conocen todas las fuentes de emoción de los madrileños durante siglo y medio. Entre Madrid y una ciudad histórica, hay la misma diferencia de calidad que entre la *Piazza* de San Marcos y la calle Ancha de San Bernardo. Reconozco que el no ser Madrid una «vieja ciudad prócer» es acaso el más elegante atractivo que para mí tiene este pueblo.

Como en él he de pasar la vida, quisiera verlo acomodado del todo a la honesta moderación de mis gustos. Yo no voy al teatro. Desde que los gorilas escriben comedias para los analfabetos, asistir a un teatro es acción vergonzosa de las que se abstienen las personas pulcras. No voy tampoco a las tertulias, donde la amistad es rara y la camaradería irrespetuosa. No cuento en la tribu de los melómanos ni en la de los taurófilos, ni soy casinista, peñista o ateneísta, y hace muchos años que por higiene corporal y mental me abstengo de aquellas frecuentaciones a las que mi lozana juventud debió las más violentas efusiones sensuales, en-



treveradas de sentimentalismo exasperado. (Aludo al pasmo y arrobamiento que de mozo me producían las funciones de iglesia.) Las horas que no duermo, ni leo, o me resigno al fastidio de mi hospedaje, si hace mal tiempo, o paseo solo por las calles y los alrededores de este Madrid, de día en invierno, de noche casi siempre en verano. Debo a tan inofensivo gusto una rara erudición en personas y cosas madrileñas. Conozco a todo Madrid, por lo menos al todo Madrid que sale a la calle; sé sus costumbres y la mayor parte de su historia. ¡A cuántos millares de personas que ni sospechan mi existencia pudiera yo contarles episodios secretos de la suya y demostrarles que nada hay oculto para la mirada del que callejea! Pero a un paseante le importa sobre todo la disposición y el aspecto de las calles. El reposo de la mirada y la comodidad de los pies, labran la serenidad del espíritu que devanea, y permiten caminar con descuido apacible. Madrid necesita enmendarse y mejorarse para que mi único deporte me haga sufrir menos.

La condición irritable de los madrileños, así del señorito alalo como del menestral razonador y sentencioso, es manifiesta. Pero yo no atribuyo ese mal humor a un defecto de la RAZA; hablar de la RAZA con ese u otro motivo sería comerle el terreno al señor Altamira, que ha puesto una valla en torno; yo atribuyo ese mal humor al empedrado. Si el Hijo del Hombre no tuvo donde reposar la cabeza, el hijo de Madrid no tiene donde posar los pies sin que le duelan. Andar veinte metros fuera de casa cuesta veinte tropezones y veinte mil reniegos y juramentos que poco a poco le agrían a uno el humor. Luego si el pavimento fuese más elástico, los cortesanos tendrían mejores modales. Pero aún nos amarga más la vida el contemplar las casas y los monumentos que a cada instante nos salen al paso. Mi existencia callejera ha transcurrido entre la aparición de las primeras fachadas «modernistas» en la calle Mayor, y la terminación de la Casa de Correos, con la apertura de la Gran Vía a manera de episodio, infortunada época de perverso gusto, que conoce los albores del modernismo y concluye, por hoy, con el triunfo del «estilo español del siglo xvii». Corresponde a la época que en lo grotesco teatral empieza al aparecer la cupletista francesa en los tablados de Actualidades y de la Alhambra, y acaba en la entronización de la Maja castiza de Goya, artículo



exportable, en el que ya no somos tributarios del extranjero. Esa «reintegración del gusto nacional en lo decorativo» corresponde, por otro lado, a un movimiento de ideas que va desde la desolada adjuración de lo español hace veinte años, a la xenofobia y patriotería incubadas por la guerra.

Al atravesar por esas calles, el paseante se aflige. Tantos pináculos, columnillas y voladizos, tantas líneas rotas, tantos insultos a las leyes de la proporción, tamaña arbitrariedad, tal violencia, mantienen el ánimo en susto perpetuo y nos hacen saludar con alegría cualquier caserón trivial de la calle del Sacramento, que al menos no pretende torturar nuestro gusto sometiéndolo a un canon indemostrable. Madrid, en vías de transformarse, es la capital del abandono, de la improvisación, de la incongruencia; el paseante sería feliz si viese los comienzos de una era de moderación, en que el sentido crítico, por recobrar su imperio, refrenase los ímpetus del genio frustrado y la audacia de los falsificadores, a caza de ricos nuevos.

### EL PASEANTE EN CORTE





# AMÉRICA

## I.—Para los amigos de Rubén Darío.

(Rubén Darío, *Epistolario*, con un estudio preliminar de Ventura García Calderón. París, 1920, 8.º, 73 páginas.—Biblioteca Latino-Americana, dirigida por Hugo D. Barbagelata.)

**S**IRVE de prólogo al libro una traducción española del excelente artículo sobre Darío que Ventura García Calderón publicó en el *Mercurio de France* del 1 de abril de 1916. Hay cartas a Unamuno; entre ellas, la célebre carta—célebre por tradición oral entre los amigos de Darío—con que contestó a cierta salida de mal humor del maestro de Salamanca, quien—si la tradición no engaña—se dejó decir cierta vez que los americanos traíamos las plumas debajo del sombrero. La carta de Darío comienza: «Le escribo a usted con una pluma que acabo de quitarme de bajo el sombrero.» Y acaba: «Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno.» Hay también cartas a Julio Piquet, «Buen Samaritano de nuestro gran Rubén», escritas desde Mallorca, donde el poeta logró en sus últimos años—tan atormentados—algunas horas felices. Hay un fragmento de carta a Gómez Carrillo, que Ventura dice publicar «no sin reservas mentales», por si Gómez Carrillo hubiere colaborado con Darío al hacer la copia del fragmento. Hay algunas cartas a Alberto Ghirardo, que fué buen amigo del poeta. Finalmente, hay



## LA PLUMA

una carta a Piquet de Juan Sureda, escrita en Mallorca —enero de 1914—, que se ha creído conveniente publicar a título de documento sobre la vida que hacía el poeta en la isla. ¡Ay! A través de esa carta ingenua vemos a Darío, una y otra vez, presa de lo que él mismo, con respetuoso acatamiento del Hado, llamaba sus «crisis».

Puesto que no se ha retrocedido ante esto, bien pudo Ventura haber recogido en el tomito unas cartas—sé yo que las posee—cambiadas entre Darío y Luis Carlos López, el originalísimo poeta colombiano, con motivo de la colaboración de éste en el *Mundial Magazine*. Darío se puso solemne, y López lo despertó con gracia al sentido del humorismo. También sé yo de alguien que hubiera podido proporcionar interesantes cartas de Darío a Amado Nervo, y acaso acaso algunas dirigidas a otro poeta mejicano que se refieren a un curioso incidente entre Darío y Salvador Rueda.

Según resulta de este pequeño epistolario, Darío tuvo el propósito de emprender, en América, al estallar la guerra, una cruzada por la paz, «que es la única voluntad divina». Quería comenzar por los Estados Unidos, «y el Méjico devastado por fraternales rencores». Las luchas internas de Méjico siempre le preocuparon como cosa propia. (En una carta a Piquet, quejándose de sus males, dice: «A mí se me han declarado ya francamente Panchos Villa intestinos y riñones.»)

Salvo algunas de las dirigidas a Unamuno, las cartas son de carácter francamente íntimo. Se habla aquí de las «crisis», de los teóricos deleites del régimen de agua pura; de Francisca Sánchez y los ciento cincuenta francos que el poeta le obsequia para comprarse un abrigo; de las dificultades que nacen de la diferencia de caracteres, a pesar de catorce años de unión; de enviar al chico a la escuela vecina... El libro sólo debe llegar a manos de los amigos de Darío, para quienes parece destinado.

Días pasados he tenido ocasión de releer todas las cartas que nos quedan de Góngora. Salvando distancias, la nota fundamental de aquéllas se repite en las cartas de Rubén Darío: ¡La pobreza, la horrible inseguridad económica, que es uno de los peores enemigos del alma! «¡No tengo un real!»—exclama el poeta cordobés—. Y «¡No tengo un real!»—contesta, a través de los siglos, el poeta nicaragüense—. Quién sabe qué pasa; que



no le pagan puntualmente los Guidos. «El *Mundial* no es mío—escribe a Ghiraldo—. ¡Las cosas de siempre! Si yo hubiera tenido capital para esto, estaría muy rico dentro de poco...» Y más adelante: «... mi magazine *Mundial*. Digo mío porque soy director. El negocio es para los capitalistas, ya se sabe.» Y luego, lo de la Argentina no es seguro; ni siquiera lo de *La Nación*, diario benemérito de las letras hispanas, que merece la gratitud de tantos escritores. Verdad es que los libros producen dinero, sí; pero no para el autor, sino, como él mismo dice, «para este o el otro bandido». Y es que sólo queda una disyuntiva: o hacerse rico a toda costa, como todos los que se hacen ricos, o acabar cuanto antes con el actual régimen del dinero: anular, neutralizar para siempre el problema económico.

Dejad pasar la noche de la cena

—¡oh Shakespeare pobre, y oh Cervantes manco!—

y la pasión del vulgo que condena.

Un gran Apocalipsis horas futuras llena:

Ya surgirá vuestro Pegaso blanco

## II.—En memoria de José de Armas.

Ha muerto recientemente en la Habana, adonde había sido llamado, tras de varios años de ausencia, para dirigir un periódico, el escritor cubano José de Armas y Cárdenas—hermano de Augusto de Armas y Colón, el de las *Rimas bizantinas*—, «Justo de Lara», por nombre literario, y Pepillo en la intimidad.

Pepillo fué huésped de Madrid durante mucho tiempo, y alguna vez dió conferencias en el Ateneo sobre Shakespeare y Cervantes. Era muy versado en literatura comparada de España e Inglaterra. Deja varios libros de crítica e historia literaria. A propósito de él, escribe José María Chacón:

«Vivió Armas, durante los años de su niñez, en un impresionante ambiente polemista y luchador. Fué su padre un gran periodista, que ponía el mismo ánimo de violencia y combate en las páginas políticas, que mucho tiempo escribió para los principales diarios de la Habana y en el exa-



men retórico de las poesías completamente inofensivas y completamente olvidadas de López de Briñas.

»Eran aquellos tiempos, en Cuba, de exaltación tribunicia: sus cualidades coinciden con las de la España de la Restauración. Armas, sin embargo, y como nuevo ejemplo de autodidactismo americano, realiza en ese tiempo una obra de información segura, de espíritu sobrio, de crítica medida y certera.

»Su conferencia sobre Lope de Vega, sus páginas sobre *La Dorotea*, su examen del falso *Quijote*, no fueron sólo una obra de utilidad crítica, sino la afirmación de una modalidad distintiva en su producción, que es también singular característica en un selecto grupo de escritores cubanos: la moderación, la claridad, el sentido preciso de la palabra adecuada. Contra una aparente tendencia de las letras cubanas, que pudiéramos designar con el pintoresco nombre de *tropicalismo*, estos escritores, dispares en el tiempo y en la obra realizada (Domingo del Monte, Nicolás Heredia, José de Armas, Enrique José Varona...), evitan todo matiz oratorio en su estilo, aspiran a una perfecta sencillez en la expresión, consiguen una justa correspondencia entre la idea y la palabra, dando así a su obra un vivo sentido de claridad y armonía.

»Armas, en su contrastada vida de escritor, fué depurando más y más estas cualidades. Su excelente libro sobre Cervantes—obra divulgadora, en gran parte, pero con capítulos muy personales y atrayentes—expresa el momento de mayor perfección en este proceso. Y junto a las nobles cualidades del estilo, en correspondencia con las notas más espirituales de la producción, hay en el escritor una curiosidad fecunda, un deseo fervoroso de contemplar con libertad la vida. En la lista de sus ensayos veremos los temas más peregrinos para ser tratados por una pluma española o americana: el Fausto de Marlowe, el diario de Samuel Pepys, el humorismo de Sterne. Ya, entonces, adquiere un pleno dominio de la lengua inglesa, ejerce el periodismo en los Estados Unidos, escribe largos años en *The Sun*, hace frecuentes viajes, como redactor del *Herald*, de Nueva York, por América y Europa. (En uno de estos viajes, por su solo prestigio de periodista, consolidado en los Estados Unidos, salvó de una muerte cierta a un presidente de Haití, con su Consejo de ministros, sentenciados

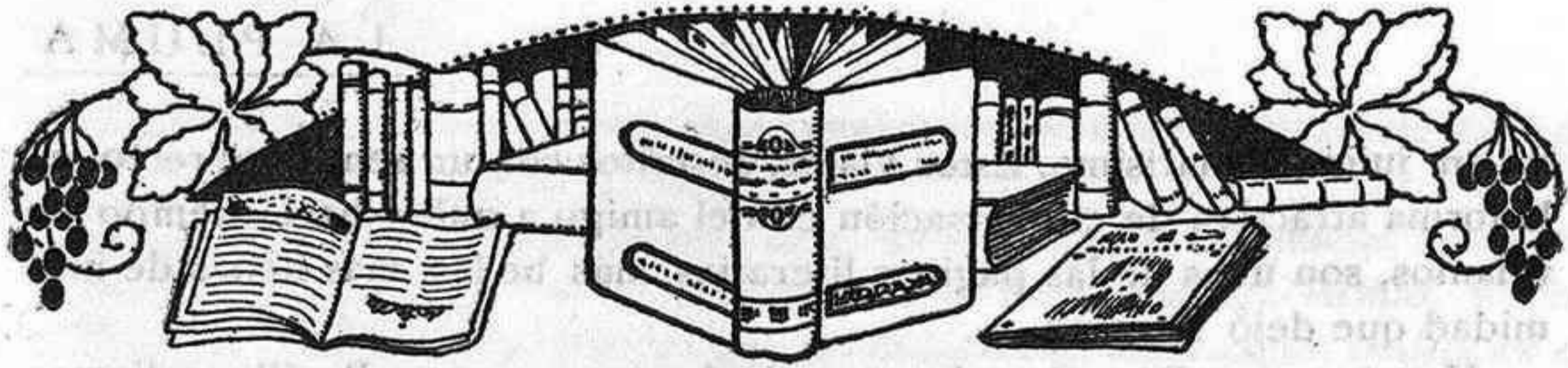


ya en juicio sumárisimo. Estos viajes, descritos con un sentido directo, en la forma atractiva de conversación con el amigo a quien hacía tiempo no veíamos, son unas de las páginas literarias más bellas, más llenas de intimidad que dejó Armas.)»

Usted, amigo Díez-Canedo, recordará seguramente a Pepillo: solíamos ir juntos a saludarlo. Vivía, casi desterrado, en un hotelito de la Guindalera. ¿No es verdad que su trato era cautivador, y que no aparentaba los muchos años que ya tenía, en aquella su complexión robusta de Júpiter bondadoso? Se enteraba con el mayor interés de los «valores nuevos», y manifestaba sus opiniones con una sinceridad que no caía nunca en rudeza. No se adaptaba muy bien a la vida española. Sospecho que no llegó a conocerla. Ya he dicho que vivía como desterrado, en destierro que compartía con él su hijo, el pintor; en destierro impuesto por los males de su esposa. La pobre señora padecía una enajenación mental que, a veces, producía efectos exquisitos y encantadores. Su locura era la locura de la afabilidad, de la solicitud: le daba por ser maternal y hospitalaria con todo el mundo. Y como conservaba aún destellos de inteligencia, el resultado era tan hermoso que hacía preferir la locura a la cordura. Y el pobre Pepillo la contemplaba y llevaba con paciencia, con respeto, sin atreverse a gustar de aquellos deliquios de bondad que no eran hijos de la razón: como se soporta un mal sagrado. La contemplaba y llevaba con paciencia... pero ¡ya no podía escribir! Fuera de su obligatoria tarea como corresponsal del *New York Herald*, le resultaba muy difícil cultivar la viña del alma, amargada por el dolor y la ausencia. Además, una sorda enfermedad lo minaba. Se pasaba los días en cama; en cama recibía a los pocos amigos de su confianza. Cuando se sentía muy solo, era frecuente que recibiera una alguna esquelita con una letra regular y clarísima, recordándole el camino de La Guindalera... ¡Pobre Pepillo, tan superior y tan bueno, que viviendo en Madrid no vivía en Madrid, y teniendo una compañera amorosa no tenía compañera! Los hombres de su tiempo habían muerto en gran parte. Y cuando al fin, como Rip Van Winkle, regresó a su patria, fué sólo para regresar a la patria de todos. Descanse en paz.

**ALFONSO REYES**





## LIBROS Y REVISTAS <sup>(1)</sup>

**Ramón del Valle-Inclán.**—*El Pasajero. Claves líricas.*

*Farsa de la Enamorada del Rey.*—Sociedad General de Librería, 1920.

«Este gran D. Ramón del Valle-Inclán me inquieta»—dijo el gran Darío—. Y la inquietud espiritual, el perpetuo afán de remozamiento, son a nuestros ojos las virtudes cardinales de este a quien no vacilamos en llamar el más joven de los escritores españoles. Ved, si no, lectores de sus últimos poemas y de esta farsa en que la invención del Boccaccio cobra una gracia actual, una estilización modernísima de las formas antiguas, ved cómo a D. Ramón del Valle-Inclán no le sirve la maestría adquirida en una experiencia literaria de cinco lustros, sino de trampolín divino en que apoyar un salto, más parecido cada vez a un vuelo.

C. R. C.

**Luis Bello.**—*Ensayos e imaginaciones sobre Madrid.*—Biblioteca Calleja.

Está dedicado el libro a D. Benito Pérez Galdós, patriarca de Madrid. Ocupan buena parte de él las páginas dedicadas a considerar el *Madrid de don Benito*. Apunta de nuevo Bello con ese motivo la insinuación de algunos críticos al juzgar la obra de Galdós a la hora de su muerte. El *madrileñismo*, ¿ha restado universalidad a nuestro novelador del siglo XIX? En realidad, con estos amenísimos *Ensayos e imaginaciones* no se propone su autor otra cosa que suscitar en el ánimo de los lectores la propia preocupación. ¿Cómo compagina el amor filial por Madrid con la conciencia de ciudadano del mundo? Hasta aquí la villa y corte no ha hecho sino pugnar contra el frío aliento de la sierra y el soplo asfixiante de la Mancha, que alternativamente la pasman y calcinan. Bello predica optimista la cruzada civil contra esas dos Furias. Pero no se ad-

(1) Daremos cuenta en esta sección de todos los libros de que se nos remitan dos ejemplares.



vierte en su prédica ese tono de dómine fastidioso que acostumbran algunos ensayistas a la violeta. El estilo limpio, claro, suavemente teñido de dulce ironía, nos gana, apenas abrimos el libro. Lo leemos sin sorpresa, pero sin reparo, no subyugados, mas sin desconfianza ni empacho. No es un maestro quien nos habla; es un amigo.

C. R. C.

**Ramón Pérez de Ayala.**—*Las Máscaras.*—Vol. I y II.—Biblioteca Calleja.

Reúne Ramón Pérez de Ayala en estos dos tomos su labor de crítica teatral, dispersa en diferentes periódicos y revistas de 1910 a la fecha. Mas con haber nacido sujetos a la actualidad de las representaciones que los sugirieron, no adolecen estos ensayos de esa efímera liviandad característica de las usuales *crónicas de estrenos*. Antes bien, cobran a ojos del lector la unidad de concepto con que fueron escritos, la norma estética a que se ajustan, su teórica compostura, en fin, cualidades difíciles de considerar a primera vista en la intermitencia con que vieron la luz primera en la Prensa.

Pérez de Ayala es un escritor clásico. Y no se quiere decir con esto que nos limitemos a gustar en él un estilo cuya principal virtud, a nuestro entender, reside en la graciosa ironía que temple su natural elocuencia. Es clásico. en cuanto no traza rasgo su pluma, por muy al vuelo que improvise, que no obedezca a un criterio propio, sí, pero nunca caprichoso ni mudable a par del viento que sopla. Porque nutrido de buenas letras, cultivado su temperamento castizo con saludable disciplina británica, propónese en su literatura miras universales y trascendentes.

C. R. C.

**Manuel Azaña.**—*Estudios de política francesa contemporánea. La política militar.*—Madrid, 1919. Biblioteca Calleja.

Este libro, del que apenas se ha ocupado la crítica, es el primero de una serie que, bajo los títulos específicos de: I. *La política militar*; II. *El laicismo*, y III. *La organización del sufragio*, ha de tratar temas básicos, alrededor de los cuales ha girado la política francesa de fines del pasado siglo y principios del presente.

El propósito del autor al publicarlo no ha sido, como él mismo nos dice, «abordar ciertos temas rigurosamente militares tocantes a la preparación técnica de un ejército para la guerra: tratamos—añade—de política militar, comprendiendo en el vocablo política no sólo aquellos hechos que atañen por modo inmediato a la gobernación, sino cuantos puedan revelarnos la opinión de un país y las fluctuaciones del espíritu público». Tales fluctuaciones de la opinión pública se ordenan en la obra que nos ocupa con relación a una sola medida:



la política militar, y así, viene ésta a ser el hilo conductor que guía al Sr. Azaña en su excursión a través de la vida pública francesa de los últimos cincuenta años. Pero si el propósito o plan del trabajo es el que se indica, otras son las razones que el autor tiene para escribirlo, y en el prólogo que lo encabeza—admirable programa político, pleno de energía y de modernidad—quedan perfectamente determinadas.

Entre las obras que la exaltación provocada por la pasada guerra y sus problemas concomitantes ha sugerido, ocupan lugar preferente, en mi opinión, el libro de Ramiro de Maeztu, *La crisis del humanismo* y estos *Estudios de política francesa*, de Manuel Azaña. Una y otra obra son como la refracción que en dos espíritus selectos sufrió todo el caudal de pensamientos y emociones que la magna contienda suscitara. Mas en tanto que la obra de Maeztu es un ensayo de fundamentar filosóficamente una teoría de derecho público, mostrando los nuevos aspectos que en él introduce el principio funcional, el libro de Azaña, es, en esencia, una obra de historia, llena de interesantes indagaciones literarias y de finas observaciones acerca de la vida intelectual del pueblo francés. Y he aquí otra de las coyunturas del trabajo del Sr. Azaña, tal vez la más importante de todas, desde el punto de vista político, sobre todo para nosotros los españoles, acostumbrados como estamos a que la gobernación de nuestro país siga rumbos desconcertantes, coyuntura que articula el libro entero y le presta un interés verdaderamente dramático, vivo y humano; y es que su autor ha tratado, yo creo que con singular complacencia, de poner de relieve el nexo que existe en Francia entre la política y la inteligencia, esa inteligencia y sensatez que tanto echamos de menos en la dirección y cuidado de nuestros asuntos comunes.

El propósito del Sr. Azaña ha sido, en efecto, «descubrir la conexión de los hechos notorios, resonantes en la vida cotidiana, con los impulsos inteligentes que aspiran a dirigirlos o a crearlos». Pero cuando se logra establecer una relación de dependencia, aunque sólo sea a título hipotético, entre los impulsos espirituales que determinan una acción y sus resultados prácticos, se hace obra de verdadera historia, y este es, repito que a mi juicio, el mérito principal y singularísimo de los *Estudios de política francesa*, en los cuales los hechos quedan explicados por lo que hay en el hombre de original y de creador, por sus ideas y sentimientos, sin escamotear el drama que resulta del choque de tales ideas con el elemento pasivo o neutro de la realidad o de la vida. Así, y para decirlo de un modo quizá demasiado conciso, los hechos quedan explicados por los hombres, frente a esa otra interpretación de la historia en la que los hechos se explican por las cosas.

No siento el menor escrúpulo, antes al contrario, tengo verdadero gusto y satisfacción en declarar públicamente que no he leído libro alguno en estos últimos años que me haya producido mayor interés y deleite que la obra de Azaña de que tratamos. A una cantidad extraordinaria de materiales reunidos para llegar a la determinación de los hechos y de sus causas inmediatas y remotas, a una copiosa y variada lectura y un conocimiento profundo de la vida pública y privada de la Francia contemporánea, une este libro un estilo admirable, índice de la exquisita sensibilidad de su autor, en el que la flexibi-



lidad y la sencillez se combinan para producir un conjunto armonioso. Nada hay en él de afectado, de barroco o deslumbrador. Es un libro francés, del mejor francés, no ya por su asunto sino por su orden y proporción internos. El método y la claridad, esas dos virtudes cartesianas, lo presiden. Capítulos como «La restauración del optimismo», o como «La teutomanía y la guerra de 1870», o como «Reforma de la oficialidad: el espíritu militar», están escritos con un buen gusto, una sagacidad y una visión tan firme de las cosas, a que no estamos acostumbrados. Del mismo modo, el capítulo quinto, en el que se estudian y entresacan las opiniones antidemocráticas de Renán y Taiue, y las nacionalistas de Barrés y Maurras, constituye el más feliz ensayo que conozco de sistematización de las ideas de aquellos hombres, representantes de un extenso sector de la vida intelectual francesa.

Y junto a los análisis penetrantes y minuciosos, junto a las afortunadas reconstrucciones filosóficas, al lado de cuadros estadísticos y cifras de efectivos y reservas, el Sr. Azaña va poniendo una velada y suave nota de ironía y de buen humor, esa disposición espiritual, ya perdida, de los españoles de otras épocas; porque, como el autor nos dice, «no hay que estar siempre a mal con la frivolidad, pues es a veces una manera amable que tiene el talento de no darse importancia a sí mismo».

J. ALVAREZ PASTOR

---

**Renner (A.),** C. de la R. A. E., y **Castro (A.),** del Centro de Estudios Históricos: *Vida de Lope de Vega* (1562-1635).—Madrid, 1919 (12 pesetas).

Hay en la literatura española un alto monte inexplorado aún en toda su ingente y pavorosa mole: la obra de Lope de Vega. Su obra y su vida, aunque los acontecimientos más importantes de ésta, los más públicos, y también los más íntimos, hayan hecho correr mucha tinta. En el siglo pasado, un erudito, D. Cayetano Alberto de la Barrera, edificó, en las vertientes de aquella montaña colosal, una imponente fábrica, poco menos intrincada y frondosa que ella misma. Abriéndose paso entre sus macizos, apoyado en la labor de otros estudiosos y en la propia investigación, un norteamericano, Mr. Hugo A. Rennert, levantó, en la misma ladera, una mansión más clara y ventilada, de acceso fácil, sin secretos. Esta obra, *The Life of Lope de Vega*, es la que se propuso traducir D. Américo Castro, acabando por refundirla, complementarla y precizarla. Es ahora, en su versión castellana, mucho más cómoda y al gusto del día, sin que le falte nada sustancial; y todavía el Sr. Castro, en una parte suya en totalidad, el apéndice B, ha añadido a la casa una glorieta o belvedere desde donde se otean perspectivas y se descubren senderos y veredas. El que en adelante haya de estudiar a Lope, deberá tener presente este libro, en que está al día cuanto se sabe—y no es poco—de la vida del Fenix de los Ingenios, y en que se apuntan, por obra del autor castellano, los problemás estéticos y litera-





## LA PLUMA

arios que su enorme producción suscita. Muchos habrá que quieran y deban  
empezar por ahí a leer este buen libro.

E. D. - C.

**Paul-Luis Couchoud.**—*Sages et Poètes d'Asie.*—Paris, Calman-  
Levy.

El autor, un discípulo de Anatole France. El libro me interesa especialmen-  
te por el capítulo titulado «Epigramas líricos del Japón», poemitas enanos, de  
47 sílabas, que aun perdiendo mucho al ser traducidos, hacen su efecto. Poesía  
discontinua, nada oratoria, ni explicativa, tal como la soñaba Mallarmé. Un  
tanto insuficiente para el público latino, acostumbrado a vivir en el foro, lle-  
nándolo de ademanes y frases ampulosas. Aconsejaría su lectura a todo poeta  
español, sin embargo. No como diciéndole que nuestra poesía debe ser esto  
—esto, es la poesía japonesa—, sino para que guste la belleza de la sobriedad,  
y vea la perfecta armonía que reina en todas las cosas de un país con estilo  
propio. Verá cómo se corresponden exactamente la poesía y su pintura. Rara  
vez los elementos visuales van mezclados con los ideológicos: son impresiones  
breves, y al mismo tiempo extensas, de la Naturaleza. El gran saber de los  
orientales radica en la esquematización; así en la gotita de agua vemos reflejar-  
se el panorama y el carácter de todo el país.

No te hieles  
—mamá ya no tiene dientes—  
jarrito de agua.

¡Espanto!  
He pisado en el cuarto  
el peine de mi mujer muerta.

El viento tendido  
desordena las sabias rúbricas  
de las gaviotas en el espacio.

Sobre una rama pelada  
un cuervo tieso.  
Fin de Otoño.

Preñada de nueve meses,  
vientre adelante,  
ella planta el arroz.

Al menor viento  
las hojas tiemblan:  
joven bambú.



Acosada por el joven,  
la criada  
traza una espiral.

—  
¡Oh, luna brillante!  
¡Quisiera renacer  
pino sobre una loma.

Y así un centenar de *haikais* en este sugestivo libro. El *Haikai*, estrofa de tres versos—el segundo, de siete sílabas, los otros dos, de cinco—, son siempre, como se ve, apuntes gráficos de color y emoción populares, al alcance de todos, y viene a representar la reacción frente a la poesía clásica y profesional. Como todo arte japonés, viene influyendo en Europa desde el siglo pasado. En España mismo podríamos citar algún influido.

Pero en Francia, durante la guerra, se ha cultivado mucho. Realmente, para los momentos de emoción y peligro, nada se presta como el apunte, el *haikai*.

Los otros capítulos del libro están destinados al ambiente japonés, al Japón en armas y a Confucio. En todo rige un espíritu selecto y evocativo.

J. M. V.

### Libros americanos

—*Rodó y sus críticos* (Clarín, Valera, Rubén Darío, Jesús Castellanos, Unamuno, Francisco García Calderón, María Eugenia Vaz Ferreira, V. Pérez Petit, Max Henríquez Ureña, Ricardo Rojas, A. Gómez Restrepo, Pedro Prado, G. Zaldumbide, Alfonso Reyes, F. de Miomandre, C. Le Senne, C. de Castro). París, 1920, 8.º, 348 páginas.—Biblioteca Latino-Americana dirigida por H. D. Barbagelata.

—Carmen Lira, *Los cuentos de mi Tía Panchita*, San José de Costa Rica, ediciones de J. García Monge, 1919, 8.º, 160 páginas.

—Enrique González Martínez, *Los cien mejores poemas de...*, con un estudio preliminar de Manuel Toussaint, México, «Cultura», 1920, 8.º, 152 páginas.

—Idem, *Jardines de Francia* (traducción de poesías francesas), 2.ª edición, México, «Cultura», 1919, 8.º, 174 páginas.

—Rómulo Tovar, *En el taller del platero*, San José de Costa Rica, edición J. García Monge, 1919, 8.º, 54 páginas.

—José Vasconcelos, *Divagaciones literarias*, México, «Lectura Selecta», 1919, 8.º, 100 páginas.

—Omar Khayyam, *Rubaiyat*, traducción en verso por José Castellot. Prólogo de José Juan Tablada, Nueva York, 1919, 8.º, 94 páginas.

—Artemio de Valle Arizpe, *Ejemplo* (novela). Dibujos de Roberto Montenegro, Madrid, 1919, 8.º, 280 páginas.



**Parangón.**—En *Le Correspondant* del 25 de enero de este año, M. Marius André, hablando del lugar que corresponde a la obra de Galdós en la literatura española, escribe: «La Prensa conservadora y católica rindió—con una sola excepción, a lo que creo—un homenaje justo, al par que mesurado en sus reservas, a aquel que no obstante sus errores y sus faltas quedará en la historia como una de las más grandes figuras de la literatura española. El homenaje iba dirigido al talento del autor, a su dilatada existencia de obstinado trabajo, y también a una sinceridad, a una probidad superiores a toda sospecha, a una dignidad, gracias a las cuales, aun en la época de sus peores extravíos, cuando proveía de armas a los enemigos de la sociedad, de la familia y de la religión, supo conservar la estimación personal y la amistad de un Antonio Maura.»

**Cervantismo.**—La idolatría cervantista y el culto católico se van contaminando bajo los auspicios de la R. A. E. Leemos en un periódico:

«Con motivo del aniversario de la muerte de Cervantes, se celebraron ayer mañana en la iglesia de las Religiosas Trinitarias, donde yacen los restos del glorioso alcalaino, solemnes exequias por las almas de cuantos escritores cultivaron las Letras patrias.

En el centro del templo se elevaba un severo túmulo, que ostentaba en la cabecera, sobre un almohadón de terciopelo negro, cuatro tomos de una de las primeras ediciones de «El Quijote», rodeados de laureles.

Una Comisión del Cuerpo de Inválidos, formada por doce mancos, daban guardia de honor al túmulo, en recuerdo del famoso Manco de Lepanto.

La presidencia del duelo la constituían: el director de la Academia Española, D. Antonio Maura; el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Guarnica, en representación del Gobierno; el general Fidirich, por el Ejército; el censor de la Academia y el secretario.

Las Madres Trinitarias cantaron una misa de «Réquiem», en la que ofició un fraile dominico, asistido por dos capellanes del convento.

Terminada la misa ocupó la sagrada cátedra el obispo de Vitoria, que pronunció una sentida oración fúnebre ensalzando la vida épica de Cervantes y su maravillosa obra literaria.

Después se cantó un solemne responso y se dió por terminado el acto religioso con que todos los años conmemora el aniversario de la muerte de Cervantes la Real Academia Española.»

**Palinodia**—Esta Revista NO CUENTA CON LA COLABORACIÓN de D. Mariano de Cávia, D. Jacinto Benavente, D. Pío Baroja, D. José Ortega y Gasset, D. Ricardo León, D. Julio Camba, D. Eugenio D'Ors, D. José Martínez Ruiz (Azorín), la condesa de Pardo Bazán, ni, probablemente, con la de D. Gregorio Martínez Sierra.

Imponiéndonos cuantiosos sacrificios, hemos adquirido la seguridad de que no colaborará en LA PLUMA

DON JULIO SENADOR GÓMEZ